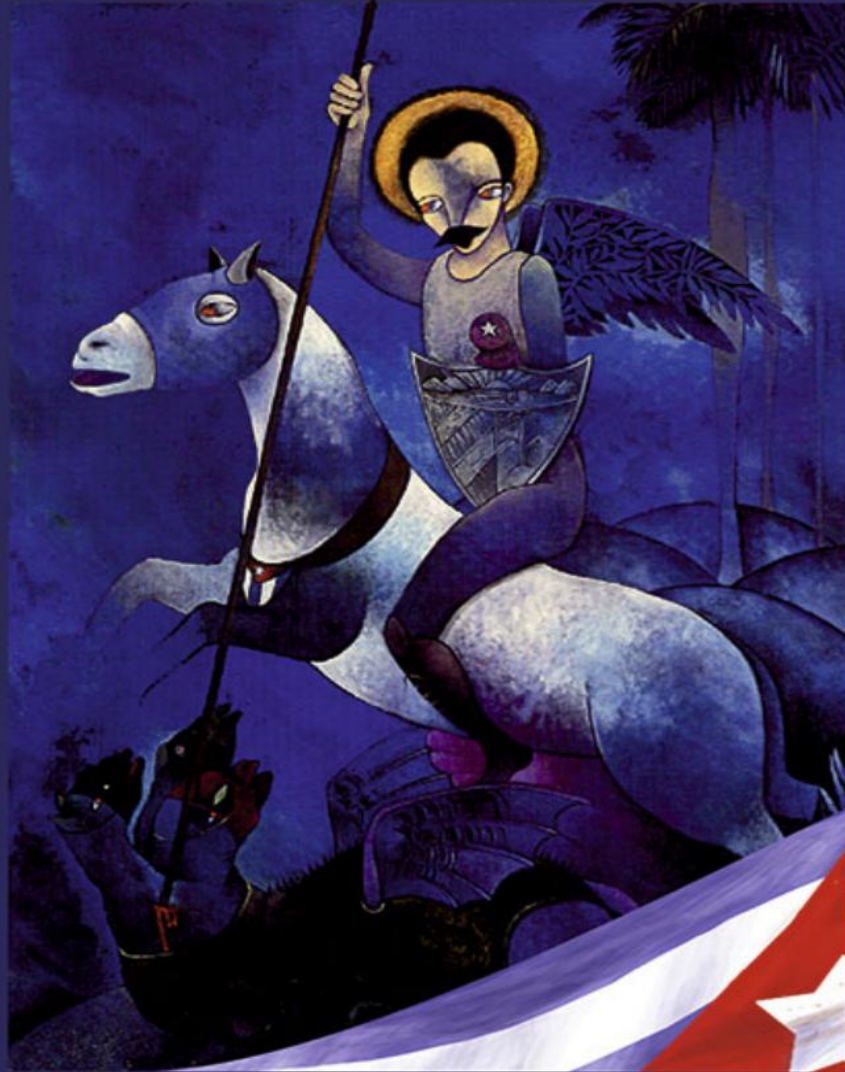


*Herminio Almendros*

# Nuestro Martí



*35 Aniversario del Centro de Estudios Martianos*

Edición / Lourdes Ocampo Andina  
Diseño interior y cubierta / Nydia Fernández Pérez  
Composición digital / Grupo de desarrollo del CEM

Realización de cubierta sobre la obra  
de Vicente Bonachea (sin título), 2000

© Sobre la presente edición:  
Centro de Estudios Martianos, 2019

ISBN: 978-959-271-321-5

Centro de Estudios Martianos  
Calzada 807, esquina a 4  
El Vedado, CP 10400  
La Habana, Cuba  
Fax: (537) 8333721  
E-mail: [cem@josemarti.co.cu](mailto:cem@josemarti.co.cu)  
[editorial@josemarti.co.cu](mailto:editorial@josemarti.co.cu)  
[www.josemarti.cu](http://www.josemarti.cu)

## **Nota**

La Editorial del Centro de Estudios Martianos pone a disposición de los jóvenes lectores esta obra de innegables valores literarios, con el objetivo de que profundicen en sus conocimientos sobre ese gran artífice de la palabra oral y escrita, José Martí, el más preclaro pensador de nuestra historia, devenido Héroe Nacional de Cuba.

Escrito de manera sencilla y amena, el libro recoge los principales aspectos de la vida y obra del Maestro, así como las fechas en las que desplegó su mayor esfuerzo por lograr la emancipación de Cuba del yugo colonial, cuya independencia no alcanzó a ver.

Esta edición fue tomada de la primera que se realizó en el año 1965. Las palabras de presentación han sufrido variaciones con respecto a la primera edición, en un intento de contextualizar históricamente el texto. Se han añadido notas al pie, aclarando de dónde han sido tomadas las citas de la obra martiana, las cuales se han cotejado de sus fuentes.

Esperamos que disfruten la lectura.

## **Presentación**

Tú, muchacho americano, has de aprender a conocer y a honrar a los hombres que pusieron su vida al servicio de la libertad y la justicia en América, a aquellos hombres cuya vida puede servir de espejo y guía permanente para todos.

A los países les nacen hijos que sobresalen por su trabajo y por su talento, y les nacen otros que llevan en sí todas las virtudes y las nobles ansias de sus pueblos. En tiempos decisivos de la historia, todas las patrias han dado hombres que se han puesto al frente de otros en su lucha por la libertad.

En Cuba, país pequeño de extensión, nació un hombre cuya vida es conmovedor ejemplo de sacrificio y heroísmo; uno de los hombres más nobles, valerosos y sabios que hayan existido. A la libertad de su patria consagró su vida y por ella murió; por la libertad de Cuba luchó y por la independencia y el engrandecimiento de la patria mayor que él sentía: por nuestra América.

Es emocionante la vida de este gran luchador. Para todos ha de ser orgullo en nuestras tierras ese hijo de América que, por sus virtudes, por su ejemplo conmovedor, puede ser para todos los hombres del mundo el más noble espejo y el guía más puro.

Ese hombre de América es José Martí.

## Niñez

*Enero de 1853 a marzo de 1865*

Martí nació en La Habana, el día 28 de enero del año 1853. Nació en una humilde casa, en estrecha calle donde vivía honrada gente trabajadora. Los niños deben ir a la casa donde nació Martí. Está en la calle Leonor Pérez, que antes se llamó calle de Paula. Es una casa pequeña, de planta baja y unas piezas en los altos. Tiene también un reducido patio. Las habitaciones son pocas y de escaso tamaño.

En los altos de esta casita sencilla y pobre vivió Martí los dos o tres primeros años de su vida. En ella aprendió a andar, correteó por ella, y empezó a querer a dos hermanitas que allí nacieron después de él. Martí era el primer hijo del matrimonio, el hermano mayor.

El padre de Martí, don Mariano, era español, de Valencia; la madre, doña Leonor Pérez, era también española; de las islas Canarias.

El padre vino a Cuba, colonia entonces de España, de sargento del ejército español. A los dos años de nacer su hijo se licencia del ejército, y un año después es nombrado policía celador del barrio del Templete.

Con trabajos, de un sueldo escaso, va viviendo la honrada familia. La madre es una mujer fuerte y de buen ánimo. Trabaja en el arreglo de la casa, en el cuidado del esposo y los hijos, siempre dispuesta y hacendosa.

Muy fatigado el padre y quebrantado de salud, decide ir con su familia a España. El niño, Pepe, como todos le llaman, tiene algo más de cuatro años cuando hace el viaje a Valencia con sus padres y con sus dos hermanitas. Dos años están en España. A los dos años, regresan a Cuba.

Seis años y medio tiene Pepe cuando vuelve a La Habana. Empieza a ir entonces a una escuelita que hay en el barrio de Santa Clara, en el que su padre tiene otra vez el cargo de policía celador. Pero, al año, don Mariano pierde el empleo y se queda sin trabajo. Meses y meses está sin encontrar

donde ganar algo, y su familia sufre amarga necesidad que hace a la casa triste.

Don Mariano es un hombre serio, callado, de gesto endurecido por la situación de pobreza que no puede remediar. Doña Leonor cuida la casa como puede, y atiende al padre para que tenga calma, y a toda la familia para que la tristeza sea llevadera.

Ya tiene en ese tiempo Pepe cinco hermanitas.

No son de horas alegres estos años de la niñez de Martí. En la cara de los padres ve la preocupación y la pena; en la casa pobre hay como una sombra de abatimiento y de pesar que no deja que se vea el cariño. El niño siente eso, y mira con angustia el gesto doloroso de los padres, mientras ayuda a mamá en sus quehaceres y a cuidar de sus hermanitas queridas.

La escuela alivia en el ánimo de Pepe la poca alegría del hogar. Ahora va al colegio San Anacleto, y allí aprende, y luego escribe en casa cuando puede, y lee buenos libros que le presta algún amigo. Eso lo contenta un poco y lo anima.

Dos años pasan en aquel vivir sin alegría. Por fin el padre consigue un cargo de agente de la autoridad en Hanábana, en región campesina y cañera de Matanzas, y allá va Pepe una temporada. Tiene algo más de ocho años; escribe bastante bien, tiene buena letra y podrá ayudar a su padre.

Aquel tiempo que Martí pasa de niño en el campo, le abre el gozo de vivir y le llena los ojos y el corazón de luz hermosa y de afectos que le nacen firmes como raíces.

Nada hay que no mire y vea y comprenda: las flores del campo, los pájaros, las yerbas, los insectos, los árboles... Los conoce a todos, los descubre, los mira, pregunta sus nombres, lo que hacen, para qué sirven, cómo viven... Y ya no olvidará eso nunca.

Trata a los hombres campesinos, y les conoce su entereza de ánimo, su honradez y su corazón bueno. Goza junto a su padre, que ya no tiene

enfados y demuestra muy bien cómo quiere a su hijo, con palabras de cariño y con elogios de su buena escritura y de su buen carácter.

El muchachito se siente contento. Desde allí, desde Hanábana, escribe a su madre una carta en la que, entre otras noticias, le dice así lo que hace en el campo:

Ya todo mi cuidado se pone en cuidar mucho mi caballo y engordarlo como un puerco cebón; ahora le estoy enseñando a caminar enfrenado para que marche bonito, todas las tardes lo monto y paseo con él, cada día cría más brío. Todavía tengo otra cosa en que entretenerme y pasar el tiempo, la cosa que le digo es un “Gallo Fino” que me ha regalado Dn. Lucas de Sotolongo, es muy bonito y papá lo cuida mucho, ahora papá anda buscando quien le corte la cresta y me lo arregle para pelearlo este año, y dice que es un gallo que vale más de dos onzas.<sup>1</sup>

Todavía no había cumplido Martí nueve años cuando escribió esa carta. Aunque en ella el niño se muestra contento, hay algo que ensombrece su alegría en aquellos campos. Allí conoce a muchos hombres buenos, pero ve también la crueldad de algunos malos.

Va y viene por entre los que hacen el duro trabajo de la caña. Sufre de ver a los trabajadores negros, amontonados en barracones sucios; le duelen sus miradas tristes y sus cantos como lamentos, y se horroriza de ver como un mayoral de mal corazón castiga a latigazos a un negro esclavo, en un salvaje *bocabajo*.

En aquel momento en que no pudo defender al desdichado, se rebeló de indignación su alma de niño, y desde entonces nació en su corazón la piedad por los que luego llamará “mis negros”. Tampoco olvidará nunca aquello. Recordándolo, pasado el tiempo, escribió: “¿Quién que ha visto azotar a un negro, no se considera para siempre su deudor? Yo lo vi, lo vi cuando era niño, y todavía no se me ha apagado en las mejillas la vergüenza.(...) Yo lo vi, y me juré desde entonces a su defensa”.<sup>2</sup>

Pepe ha regresado a La Habana. Han pasado muy rápidos los meses de su vida en el campo con su padre. Vuelven los días de colegio en San Anacleto. Es allí el mejor alumno, el más estudioso e inteligente. Lee

mucho; se le ve siempre entre libros. Es un tanto retraído, anda siempre preocupado y no es un muchacho alegre; sobre todo ahora que su padre ha regresado de Hanábana y está otra vez cesante. Ha vuelto a pesar la desventura en la familia.

Algo viene a confortar el ánimo conturbado del muchacho. Por aquel tiempo ha conocido a Fermín Valdés Domínguez, hijo de rica familia, compañero bueno y leal, y ha nacido entre los dos una amistad que se mantendrá firme toda la vida. Se quieren como hermanos; tienen iguales aficiones y los mismos nobles ideales. Fermín le presta libros a su amigo, lo lleva a su casa, al calor afectuoso de sus padres; lo acoge, lo anima, le sirve de consuelo... Martí siente desde entonces la amistad como un preciado tesoro, como un altísimo bien.

El padre de Martí piensa ahora que su hijo sabe ya bastante para trabajar en algo, y que debe dejarse de tantas lecturas y tantas ilusiones. Y resuelve sacarlo del colegio y ponerlo a servir de dependiente en una bodega. Pepe no protesta. Piensa que con su trabajo podrá aliviar un poco la necesidad que hay en su casa; pero sufre mucho; no puede soportar el maltrato del patrón y la grosería de algunos clientes. Busca apoyo en la amistad de Fermín. Busca consuelo y temple para su ánimo en los libros. Lee mucho, de noche, incansable; y no tiene paciencia para aguantar, y se rebela.

Tiene poco más de doce años. Busca, averigua y sabe de un buen colegio de segunda enseñanza, y Pepe va allí a ofrecerse para ayudar en algo si es necesario, y para estudiar.

---

1 Carta de José Martí a su madre, Leonor Pérez, del 23 de octubre de 1862. Tomado de José Martí: *Epistolario*, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, tomo I, p. 3. (En lo sucesivo *E.*)

2 José Martí: *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 22, p. 189. En lo sucesivo *OC.* (*N. de la E.*)



## **Aurora de rebeldía**

*Marzo de 1865 a mayo de 1869*

Pepe Martí está en la ancha casona del colegio San Pablo. En el colegio hay vastas salas, amplios corredores y un patio recogido en la sombra de grandes árboles. Pepe va y viene para ayudar a poner las cosas en orden y que todo esté listo en las aulas. En el colegio vive ahora, y allí va a tener ocasión de admirar y querer a un hombre sabio y bueno.

Don Rafael María de Mendive es el director del colegio. Es un hombre admirable. Martí lo recordará siempre como un hombre maravilloso. Es el maestro sabio, afectuoso y elocuente. Da gozo oírle hablar de las cosas del mundo y de la historia de los pueblos del mundo, y son hermosos sus versos, en los que late el aborrecimiento de los tiranos y el canto de la dignidad y la libertad de hombre.

Pepe se siente atraído de admiración por su maestro, y Mendive abre su corazón al discípulo adolescente, en el que empieza a admirar su inteligencia singular y la generosidad y entereza de su carácter.

Vive Pepe en el colegio como uno más de la familia del director. La esposa y las hijas de Mendive quieren a Pepe. A la mesa de aquella familia tan cubana se sienta como un hijo, y no hay nada que a él se refiera que a todos no interese y preocupe.

Pepe se siente a gusto allí, al amparo de aquel maestro tan culto y acogedor, del que aprende a decir bellas palabras y a admirar las nobles acciones; aquel maestro sereno y cariñoso que es para él como un padre. El colegio es para Pepe escuela y hogar de cariño. Allí vive, estudia, lee muchos libros de la biblioteca de su maestro. Pasa largas horas con el señor Mendive, poniendo en limpio con su letra cuidadosa y clara las páginas de dramas y novelas que él le dicta. Son obras de muchas páginas que el maestro escribe, o poemas que compone, o aquellos otros que traduce de grandes poetas. Pepe ayuda, copia lo que el maestro le dice, pero también lee muchos libros, y escribe, y, a ratos, también intenta traducir del inglés poemas de famosos escritores.

La indiferencia que ha sentido siempre en la casa de sus padres por su deseo de saber y estudiar, la ve compensada en el colegio, en el que el director y los demás profesores viven un ambiente de estudio y de cultura que lo entusiasma y llena su vida.

El muchacho estudiante ha ganado el cariño y la confianza de todos. Presente y atento está en las reuniones del señor Mendive con algunos amigos, en la gran sala o bajo los árboles del patio. Pepe oye la protesta indignada de aquellos hombres por la situación de servidumbre colonial en que vive Cuba, sujeta a la soberbia de España decadente y egoísta. La sed de justicia y el ansia de libertad de la patria van cuajando así en el corazón del muchacho con un entusiasmo impetuoso. Martí se entrega a ese ideal con el ardor de los mayores, y en el odio a la opresión y en el sueño de la libertad se funden aún más firmes la comprensión y el cariño de maestro y discípulo.

¡Ah!, que cuanto más crece en él el ansia de redención de la patria, más se aparta del ánimo de sus padres. Ellos son honrados y buenos, pero de una escasa cultura nutrida en la creencia de la grandeza imperial de España. Don Mariano vuelve a tener un cargo de celador de policía; los aires de protesta y rebelión de los cubanos le parecen un insulto a la madre patria; son españoles el padre y la madre, y hay en ellos como un reflejo de la incomprensión de los que a España gobiernan.

Don Mariano insiste en retirar a su hijo del colegio; debe dejar la ilusión de los estudios, propia de los que tienen dinero que gastar y debe trabajar en algo en que ganarlo para la familia. Hay enfados por eso entre el padre y el hijo y entre el padre y Mendive, y hay resistencia y pugna constantes. Mendive interviene, razona, pide y, al fin, convence con su ofrecimiento de costear los estudios de Pepe hasta el grado de bachiller. Consiente el padre, y así vienen tiempos de más sosiego en la vida de estudiante del muchacho.

Trece años tiene Pepe cuando hace su ingreso en el Instituto de Segunda Enseñanza. Sus padres siguen con orgullo los éxitos del hijo estudioso, de cuyo talento hablan todos. Pero, ¡ay!, que la satisfacción no ha de durar mucho.

Cuba viene atravesando una época de fuerte crisis económica. Hay pérdida y ruina en la riqueza del azúcar y el café, y agravan la situación nuevos impuestos y trabas que España impone a su colonia... Soporta los perjuicios la clase industrial y comerciante, y sufre cruelmente el pueblo; sufren en la esclavitud los esclavos, sufren todos los trabajadores más explotación y más amarga pobreza. El pueblo vive mal. Los gobernantes españoles en la Isla limitan la libertad de los nativos, les hacen sufrir abusos y atropellos, y tienen la fuerza para castigar brutalmente cualquier brote de protesta.

Corre el año 1868, y, el 10 de octubre, en la región oriental de la Isla, Carlos Manuel de Céspedes se ha levantado con un grupo de valientes en guerra contra España que “gobierna la Isla de Cuba con un brazo de hierro ensangrentado”.<sup>3</sup>

Las acciones de guerra de los rebeldes en el campo tras el Grito de Yara por la independencia, causan honda impresión en las ciudades. Agitados de entusiasmo andan maestros y estudiantes en el colegio San Pablo. Mendive alienta el ardor patriótico. Se leen y recitan sus poemas de crítica y rebeldía. Solos siguen a veces a altas horas Martí y su maestro la marcha de la insurrección de Céspedes, y en los dos se afirma y crece con el entusiasmo el ansia de libertad.

En esta época ha cuajado ya en el corazón del joven Martí el motivo ideal que será rumbo de su vida hasta la muerte. Consagrado vivirá ya para siempre al gran empeño revolucionario que haga libre su patria.

No le basta ya al joven estudiante con admirar a su maestro y a las personas mayores que en actos de protesta muestran su amor a la patria; él mismo, en su juventud de dieciséis años, entra ya en acción. En *El Diablo Cojuelo*, una hoja impresa que ha preparado con su amigo Valdés Domínguez, escribe notas de burla y censura de las autoridades y de la política, y en *La Patria Libre*, periódico del que no sale más que un número, que prepara él mismo con trabajos de Mendive y otras personas adultas, se publica su poema dramático *Abdala*. El drama es como un espejo de Cuba oprimida, y hay en él un héroe que lucha por la libertad de la patria y por ella muere. Abdala, el joven guerrero, exclama cuando va a partir para la guerra:

*El amor, madre, a la patria*

*No es el amor ridículo a la tierra,  
Ni a la yerba que pisan nuestras plantas;  
Es el odio invencible a quien la oprime,  
Es el rencor eterno a quien la ataca;—4*

Tiempo de peligro el de aquellos días. La represión y el rencor aumentan y se ensañan. El Cuerpo de Voluntarios, milicia formada por gentes reaccionarias y soberbias al servicio de España, va al asalto de las casas y las reuniones sospechosas, y hay una noche dramática de brutal ataque a tiros en una función de teatro a la que han asistido simpatizantes de la causa libertadora, entre los que hay mujeres vestidas de azul y blanco, con estrellas de adorno en los cabellos. Hay muertos y heridos aquella noche, y después, detenciones, condenas a muerte, deportaciones...

Los padres de Martí se estremecen de temor por la suerte de su hijo. El padre se sobresalta al verlo mezclado con los que se rebelan contra España, y muestra su disgusto por el riesgo a que exponen a su hijo aquellos versos que ha publicado de rebeldía y de combate.

Muerde en el ánimo del joven la desventura. Después de los dramáticos sucesos, Mendive es detenido y encarcelado, y el colegio cierra sus puertas. Martí se siente como desamparado. En su casa se respira temor y enfado. El padre, por el bien del hijo, vuelve a dirigirlo hacia algún trabajo que produzca alguna ganancia. No desobedece el hijo, pero no deja ni un día de ir a llevar consuelo a su maestro a la prisión.

Unos meses después Mendive es deportado a España.

Sin el apoyo moral del maestro, siente Martí con mayor pesar la incomprensión de sus padres. Ellos son buenos, pero no saben, no saben. El único consuelo lo encuentra en su gran amigo Fermín, en su casa siempre acogedora, donde se mantiene vivo el interés por la situación política y el comentario de la insurrección y de las persecuciones y condenas.

---

[3](#) “Manifiesto de la Junta Revolucionaria de la Isla de Cuba, dirigido a sus compatriotas y a todas las naciones”, en Hortensia Pichardo: *Documentos para la historia de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1968, t.1, p. 358.

[4](#) José Martí: *Abdala*, en *Obras completas. Edición crítica*. Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2000, t. 1, p. 29. En lo sucesivo OCEC. (N. de la E.)

## **El odio, la injusticia y la dignidad**

*Octubre de 1869 a abril de 1870*

Unos meses han transcurrido desde que el maestro salió de su patria deportado. Sigue enconado el rigor de los castigos y las persecuciones para aquellos de quienes tan solo se sospecha que anhelan la independencia de Cuba y que no sienten respeto por España que la tiene sometida.

A la clase adinerada y poderosa le interesa que se mantenga el régimen colonial que impone España. Las autoridades y la clase dominante tienen para hacerse respetar, además del ejército español, el Cuerpo de Voluntarios, mandado por gentes de aquella clase poderosa, decididas a defender sus privilegios contra los descontentos y perturbadores ingratos. Los intereses de esas gentes dependen de la dominación de España; quien no respeta a España y a Cuba española, ataca a lo que para ellos es sagrado.

Los voluntarios son orgullosos, soberbios, despóticos, y son brutales para castigar a quienes ofenden con protestas o dudas lo que para ellos es el honor de España. En todo intervienen y en todo se muestran autoritarios y crueles.

Uno de los días en que los voluntarios desfilan por La Habana muy arrogantes y uniformados como tropa, pasan por la calle donde está la casa de Fermín Valdés Domínguez. En la casa hay varios jóvenes amigos que se agolpan a la ancha ventana cuando los voluntarios pasan. Hay quizás demasiada animación en la charla y en los gestos de los muchachos, y los voluntarios sienten como una ofensa aquella actitud que ellos toman por irrespetuosa.

Terminado el desfile, se presenta violento en la casa un grupo uniformado, para hacer un registro. Lo revuelven todo: las estanterías, las mesas de trabajo, las gavetas... Entre papeles encuentran una carta comprometedora: es la carta que han escrito Martí y Fermín a un compañero de colegio que se alistó como oficial en el ejército español. En la carta le recriminan su proceder traidor, y la carta está firmada por Martí y por Fermín.

No hace falta más; al día siguiente son acusados y encarcelados los jóvenes del grupo; unos días después es detenido y encarcelado Martí.

A la misma cárcel han ido a parar Martí y sus amigos. Días pasan y semanas sin que Martí sepa por qué lo tienen preso y cuándo habrán de juzgarlo. Se siente indignado y, aunque se mantiene sereno, le es difícil soportar el encierro tanto tiempo. A la cárcel va a verlo su padre, a llevarle pobres cosas que le hagan llevadera la prisión, y en la mirada triste del viejo ve el hijo la amargura familiar.

Martí escribe a su madre; le pide unos libros; trata de tranquilizarla; quiere darle la seguridad de que él no ha de temer nada, porque nada hizo; lo que le impacienta es el ansia de que se celebre pronto el juicio en el que él deshará toda culpa de que lo acusen... Tranquilidad y consuelo para la madre; mas él no se engaña; sus reflexiones le han traído la certeza de que será sobre él sobre quien se ensañarán los jueces. Y así prepara el ánimo días y días para el momento en que haya de comparecer ante el tribunal.

Seis meses han pasado; seis meses de encierro, de incertidumbre, de espera, hora tras hora. Al fin se fija el día del juicio. Martí y su amigo Fermín están frente al tribunal del Consejo de Guerra. Hablan sin temor los dos jóvenes; protestan ante los jueces, de la irregularidad con que se los ha tenido presos tanto tiempo sin juzgarlos, y los jefes militares que forman el tribunal se sienten sorprendidos por la entereza de los acusados. De pronto saca a relucir el fiscal la grave prueba acusatoria: “¿Quién escribió esta carta en la que se llama traidor a quien es leal a España?”

Los dos jóvenes se levantan a un tiempo. La carta está firmada por los dos. Fermín dice que la escribió él; Martí afirma que él solo la escribió. Escriben los dos con letra tan parecida, que no sirve de prueba la escritura. Martí se deja oír. Su voz es decidida y firme. Dice, primero cariñosamente, razones para desmentir a su amigo y negar que Fermín tenga la menor culpa; luego asegura y demuestra con energía que fue él, y solo él, quien escribió la carta; el único responsable; y todavía más, mantiene en párrafos elocuentes el derecho de los cubanos a la independencia.

La actitud noble y valiente de los muchachos es para el tribunal del Consejo suficiente muestra de arrogancia que hay que castigar. Ante las violentas

acusaciones del fiscal hay en la sala como un presagio de pena de muerte. Por fin, considerando quizás la edad de los acusados, el tribunal resuelve en definitiva condenar a Fermín a seis meses de arresto; a destierro a otros amigos acusados, y a Martí a seis años en el terrible presidio de La Habana.

Al saber la sentencia, el padre de Martí, el honrado y leal servidor de España, debió de sentir, con la angustia del cruel castigo, una secreta admiración y un íntimo orgullo por la nobleza y el valor de su hijo.



## El presidio

*Abril de 1870 a enero de 1871*

El día 4 de abril de 1870, pasa Martí de la cárcel al presidio. No hacía mucho que había cumplido 17 años.

En el presidio lo visten con burdo uniforme de preso; le cortan el pelo al rape; le rodean la cintura con una cadena que cuelga y se prende remachada al grillete que aprisiona el tobillo del pie derecho, y rematan la figura con el feo sombrero negro al que algunos llaman allí *estampa de la muerte*. Es el preso número 113 de la primera brigada de blancos.

Son las horas primeras de un largo y vivo tormento. Espera entre rejas, frente a su padre que apenas deja oír palabras como gemidos. Espera luego solo, este primer día, con ojos que miran y esperan con ansia. Los presos salieron antes del alba, con cielo aún de estrellas, a camino de una legua, hasta las canteras del brutal trabajo diario. Salieron y no regresarán hasta ya puesto el sol.

¡Ah!, sí, ya vienen; ya llega la caravana de sombras con ruido de cadenas. Ya entran harapientos, demacrados, pálidos, húmedos y desencajados los ojos. Avanzan apoyándose en las paredes y llegan a sus puestos y allí caen como muertos.

Uno viene más agotado que los demás. Es un hombre de cabellos canos, pálido como un cadáver, hundido el pecho, cubiertos de una costra de cal los pies.

Aquel anciano de ropas manchadas de sangre era un hombre de 76 años, y había sido condenado a diez años de trabajos forzados. Se llamaba Nicolás del Castillo. Los voluntarios lo habían acusado de ser brigadier insurrecto.

Al ver a Martí, preso nuevo, joven, de uniforme estrenado, le tendió la mano, lo miró compasivo y gimió: “¡Pobre! ¡Pobre joven!”<sup>5</sup>

Luego, ante el gesto turbado del joven, se levantó la blusa:

—Mira.

...una llaga cubría las espaldas del anciano: que destilaba sangre por unos lados, materia pútrida por otro.

—Pero eso ¿se lo han hecho aquí? ¿Y por qué se lo han hecho?

—Hijo mío, (...) quizás no me creyeras; pregúntale a otro cualquiera, y te dirá por qué. [6](#)

Sí, don Nicolás llegó al presidio, y allí lo esperaba una legua de camino, aún de noche, día tras día, hasta las canteras, y vuelta al penal después de doce horas de tormento.

Un día y otro las fuerzas le fallaban al caminar con los pies de llagas abiertas, bajo la carga de cajones de piedras. Y a cada quejido y a cada caída respondían palos y patadas de los cabos de vara, hasta dar con el desdichado en tierra, ya casi sin vida. Un día cayó así, y cargado en un carretón fue por las cuestas de la cantera, dando tumbos que hacían sonar los golpes secos de la cabeza en las tablas. Al fin volcaron el cuerpo al pie de un montón de piedras. Calcinó el sol las piedras todo el día; hizo la lluvia fango con el polvo de cal, y vinieron en el crepúsculo otros presos al montón a buscar el cuerpo quemado del sol y penetrado por la lluvia.

Y Martí tuvo tiempo de ver todo eso, y vio más; vio allí al hombre negro de cien años, y a niños de catorce, y al huérfano Lino Figueredo, de doce; niños encadenados, sentenciados como presos políticos, dolientes, tristes despojos enfermos, amarrados con grilletes los pies, llagados de cal viva de las canteras.

Allí estuvo Martí, en el terrible presidio, viendo estremecido el suplicio de los demás hombres presos; sufriendo el propio dolor, que no sentía tanto como el tormento de todos; débil y debilitado de cuerpo, pero de espíritu fuerte ante la injusticia y la crueldad; antes orgulloso que avergonzado de sus cadenas, que eran señal de dolor y sufrimiento por la patria.

Allí, en aquel vivo infierno humano, padeció Martí. Él mismo dijo aquel horror en un pequeño libro emocionante que escribió luego. En *El presidio político en Cuba*, el libro desgarrador de sus 18 años, contó con palabra

encendida y hermosa toda aquella crueldad, para ponerla delante de los gobernantes de España, que eran de ella responsables.

Pintó con palabras de indignación y de compasiva ternura aquel tormento de cincuenta hombres hundidos a cien varas en el socavón de las canteras de San Lázaro, entre montones de piedra de cal que quemaban en los hornos, subiendo cargados, con los pies abiertos, desmayados algunos y arrollados a patadas y a palos en el suelo.

Quema el sol allí la piel y las entrañas, entre las blancas moles de piedra. Van cincuenta hombres demacrados, pálidos, encorvados bajo el peso de los cajones de piedras, hostigados por los golpes del cabo de vara, aturdidos por los gritos, y es el ruido de cincuenta cadenas, “y el continuo chasquido del palo en las carnes, y las blasfemias de los apaleadores, y el silencio terrible de los apaleados, y todo repetido incansablemente un día y otro día y una hora y otra hora, y doce horas cada día...”<sup>7</sup>

Algo más de medio año duró el tormento de Martí en el presidio. Allí lo quemó el ardor del sol y de la cal, y lo estremeció el golpe, y le llagó el tobillo el hierro del grillete. No pudo evitar que en su casa supieran. Don Mariano podía verlo alguna vez. Martí mismo cuenta el hondo dolor del pobre padre:

¡Y qué día tan amargo aquel en que logró verme, y yo procuraba ocultarle las grietas de mi cuerpo, y él colocarme unas almohadillas de mi madre para evitar el roce de los grillos, y vio al fin, un día después de haberme visto paseando en los salones de la cárcel, aquellas aberturas purulentas, aquellos miembros estrujados, aquella mezcla de sangre y polvo, de materia y fango, sobre que me hacían apoyar el cuerpo, y correr, y correr! ¡Día amarguísimo aquel! Prendido a aquella masa informe, me miraba con espanto, envolvía a hurtadillas el vendaje, me volvía a mirar, y al fin, estrechando febrilmente la pierna triturada, rompió a llorar!<sup>8</sup>

Algo más de medio año estuvo Martí en el aborrecible presidio. Un amigo de don Mariano, rico catalán influyente, don José María Sardá, logró que Martí fuese indultado y confinado en la Isla de Pinos, bajo su custodia y en la casa que allí tenía.

Débil, macilento, con los ojos irritados de la cal, y herido del roce de la cadena y del grillete, llega Martí a Nueva Gerona, en Isla de Pinos, en el mes de octubre. El señor Sardá lo instala en su casa, en la finca El Abra. Vive allí acogido con cariño familiar. Pasea por el campo, medita; le quema en el corazón la imagen del presidio —¡oh!, él ha de vivir para que aquello acabe—; se recoge en su cuarto, lee, escribe... Muestra su gratitud a la familia bienhechora con su respeto, con sus atenciones y su ayuda — ¡oh, almas sencillas y buenas!—. Pasea con los niños de la casa; les enseña a mirar y ver las cosas de la naturaleza; les enseña muchas cosas, los cautiva con su talento y su gracia de maestro... Pero aquellos días de retiro y de paz duran poco. A los dos meses es conducido a La Habana, pues hay orden de que embarque allí para España como deportado.

En enero de 1871, pocos días antes de que haya cumplido 18 años, zarpa el barco que lo ha de llevar hasta Cádiz. Los ojos se le prenden en su ciudad, que se le va apartando poco a poco, cada vez más lejos, y al perder de vista, ya en alta mar, la sombra de Cuba en el horizonte, el joven desterrado debió de sentir un profundo desgarrón en su vida.

---

[5](#) “Castillo”, en *OCEC*, t. 1, p. 51.

[6](#) Ídem.

[7](#) “El presidio político en Cuba”, en *OCEC*, t. 1, p. 78.

[8](#) Ídem, p. 77.

## **Destierro en España**

*Enero de 1871 a fines de 1874*

La travesía es larga. Días y noches de ir y venir de la estrecha litera a la cubierta, frente al mar y al cielo unidos. Va Martí aún enfermo, y sufre del tumor que le hizo el roce de la cadena en el presidio. Su ánimo está penetrado de recuerdos que lo acompañan dondequiera que los pasos lo llevan: sus padres, sus hermanas, su maestro que ha salido de España y vive en Nueva York, los desventurados compañeros del odioso presidio, el padecer de la patria oprimida...

Allí, frente al libre horizonte del mar y bajo el cielo infinito, en aquella serena soledad, cuajan apretadas sus penas, y el ánimo las levanta como en un vuelo de firmes esperanzas.

Pocos días está Martí en Cádiz al desembarcar; pronto llega a Madrid, donde se junta enseguida a un grupo de cubanos desterrados como él. Alguien le ofrece ocupación con que pueda ganar algo para comer y pagar el mísero cuarto donde vive. Martí se ocupa en dar lecciones a los niños de dos bondadosas familias cubanas y en hacer algunas traducciones del inglés que alguien le encarga.

Cubierta así, aunque muy pobremente, la necesidad de mantenerse, Martí se matricula de varias asignaturas en la Universidad Central, como alumno libre. Muy pobre vive, pero eso no le inquieta; le mueve el ansia de conocer, de saber... Visita museos, estudia en las bibliotecas; llena sus ojos de las grandes obras de arte; lee los más hermosos libros que el genio de España ha producido. Se le ve en la biblioteca del Ateneo, horas y horas, sin cansancio, enfrascado en lecturas. Los clásicos españoles son para él cautivadores: Cervantes, Quevedo, Gracián, Teresa de Ávila, Góngora, Calderón...

Y no olvida, no, sino que sigue sintiendo conmovido los suplicios del presidio, que son como compendio extremo de la opresión de la patria. A poco de llegar a Madrid, para requerir humanidad y justicia del Gobierno de

la metrópoli, publica *El presidio político en Cuba*, cruda denuncia y tremenda acusación del inhumano proceder de España en su colonia.

El brillante y conmovedor escrito del joven cubano de 18 años, atrae la atención y merece elogios de hombres de corazón y de talento. ¿Quién es aquel que escribe con tal humanidad y tanto brío? Buscan muchos su amistad, muchos elogian su campaña de justicia y amor; muchos, menos los gobernantes a cuya conciencia y a cuyo honor iba dirigida. A pesar de ello, sigue escribiendo; sostiene polémicas en periódicos para defender el derecho de Cuba a su independencia, y es en España, como lo seguirá siendo allí donde esté, la voz incansable y viril del ansia de libertad de su patria. Voz de Cuba es la de Martí.

Una honda sacudida de indignación y de dolor viene a conmover su ánimo. El odio vil de los voluntarios sigue reclamando víctimas en la tierra querida. Ellos han provocado el fusilamiento en La Habana de ocho estudiantes de Medicina, acusados de una supuesta culpa. El crimen fue el 27 de noviembre de ese año 1871. Otros estudiantes fueron encarcelados; entre ellos Fermín Valdés Domínguez.

Para Martí es aquel un drama que le queda vivo en el alma para siempre. Los asesinados mártires, el peligro de su Fermín querido... Sufrimiento angustiado que es suma de agobio a su vida ingrata de estudiante pobre.

Se siente abatido y enfermo. Anda con dificultad del dolor de su herida. Sin apreciable resultado se interviene en ella con cirugía. Ha de guardar cama. Meses de infortunio, de escasez, de quebranto...; un mes, dos meses, tres meses, más de seis meses.

Así lo encuentra Valdés Domínguez que ha sido deportado a España. La llegada de su amigo es para Martí bálsamo y apoyo. Fermín está a su lado, lo cuida, lo ayuda... Fortalece y levanta el ánimo afligido la amistad, y así también el cuerpo enfermo se reanima.

Con Fermín a su lado la vida cobra alientos. En el verano del segundo año de su estancia en Madrid, Martí se matricula de otras asignaturas en la Universidad. Tiene tiempo para estudiar, para asistir a tertulias de escritores, para conocer teatros y hacer amistad con los mejores actores y las actrices

de renombre, para hacer campañas de ayuda a Cuba en grupos de desterrados ...Y no faltará su voz elocuente en una velada en recuerdo de los estudiantes asesinados. Al año justo, en la fecha aniversario del fusilamiento, circuló por Madrid una hoja impresa que escribió Martí. Era un desgarrado llanto de amor y de dolor por los mártires, y era la abominación de la furia asesina. Terminaba así la hoja: “¡Póstrense de hinojos en la tierra, tiemblen de remordimiento, gimán de pavor todos los que en aquel tremendo día ayudaron a matar!”<sup>9</sup>

Por aquellos mismos días publicó también Martí el largo y hermoso poema de evocación, de dolor y de gloria, “A mis hermanos muertos el 27 de Noviembre”.

*Cadáveres amados, los que un día  
Ensueños fuísteis de la patria mía,  
¡Arrojad, arrojad sobre mi frente  
Polvo de vuestros huesos carcomidos!  
¡Tocad mi corazón con vuestras manos!  
¡Gemid a mis oídos!  
Cada uno ha de ser de mis gemidos  
Lágrimas de uno más de los tiranos!*<sup>10</sup>

A los dos años de su vida en Madrid sobreviene un acontecimiento que llena de esperanza el ánimo de Martí: después de la abdicación del rey Amadeo de Saboya, es proclamada en España la República, el 11 de febrero de 1873.

Tres días después ya tiene hecho Martí un escrito amplio para reclamar el derecho de Cuba a la independencia ante los gobernantes nuevos que anuncian promesas de libertad. El escrito se publica enseguida en un folleto que circula por Madrid y por las provincias.

Es un escrito de recia argumentación, de firme lógica en defensa del derecho de Cuba. Pero los gobernantes españoles se sienten débiles y temerosos, y hacen oídos sordos a las demandas de justicia. Martí mismo escribió: “La España monárquica ahogó en sangre las peticiones de Cuba, como la España republicana las ahoga ahora, y esto es vergüenza para la República”.<sup>11</sup> Vergüenza y debilidad que la llevarán pronto a la ruina.

No se respiran en el ambiente de Madrid aires de esperanza. Todo es allí intriga y pugna de grupos políticos. La complacencia y la debilidad de los gobernantes resisten mal la oposición de la España inculta, minada por las clases más reaccionarias del país. Se desesperan Martí y su amigo en la vida de la capital, de trama política y de insinceridad. Además, como la mucha altitud y el clima extremado de Madrid no son buenos para la salud de los dos amigos, resuelven ir a vivir y a terminar sus estudios en Zaragoza. En el mes de mayo ya están allí.

Zaragoza es una ciudad simpática. Los aragoneses son francos, sencillos de carácter y nobles. En todos los tiempos el pueblo de Aragón se ha mostrado firme para hacer respetar su libertad, y ha luchado por ella.

Los dos jóvenes se instalan en casa de gente modesta, donde son acogidos con trato familiar. Se hacen querer enseguida; da gusto tratar a aquellos dos criollos tan afectuosos y tan inteligentes. Fermín es dicharachero y alegre; Martí es más sereno, pero hay en todo él algo que atrae y cautiva.

Las amistades se anudan pronto. Zaragoza se entrega a quien entra en ella con afecto franco. Martí y Fermín hacen enseguida amigos que los quieren y buscan su compañía. Son atractivos aquellos dos jóvenes insurrectos cubanos. La palabra *insurrecto* no suena mal allí.

El ambiente sosegado de la capital de provincia es bueno y mueve al estudio. Martí se pone al trabajo. Su actividad es increíble. En el tiempo que lleva en España ha cuajado día a día su talento que, ya a sus veinte años, se le ve poderoso y brillante. Sorprende su modo de expresarse. Cuando habla, cuando discurre y expone en los exámenes, tiene la palabra fácil, precisa y amplia, y cuando escribe es ya su estilo original, rico y hermoso.

En el año y medio que está en Zaragoza, su tarea llega a ser asombrosa: sin descanso en todo ese tiempo, aprueba en menos de seis meses todas las asignaturas del ballicherato; aprueba además las que le faltan de la carrera de abogado, y luego todas las de Filosofía y Letras, siempre con las más altas calificaciones.

La Universidad es para él verdadera casa de estudios. Allí revuelve libros, pasa horas y horas en la biblioteca; estudia, lee múltiples cosas: filosofía,



historia, derecho, lenguas, literatura..., obras de los filósofos antiguos y modernos, y los famosos libros de los grandes prosistas y poetas. En la universidad es conocido y admirado; los compañeros estudiantes celebran su talento y sus éxitos, y los profesores lo tratan como joven amigo admirable.

Y “¿cuándo duerme Martí?”, se preguntan unos y otros. Porque además de su tremendo quehacer en la universidad, se le ve con Fermín en los días festivos, visitando los barrios de la ciudad, los restos históricos, los palacios y templos antiguos... Y frecuenta las redacciones de los periódicos y revistas, y visita a su amigo, el notable pintor Gonzalvo, como a otros artistas y escritores, y se le ve con Fermín en el palco número 13 del Teatro Principal en noches de obras famosas... Y entre tanto estudio universitario y tantas lecturas y tanta curiosidad por cosas y personas, todavía tiene algún tiempo para terminar su drama *Adúltera*, que empezó en Madrid. ¡Ah!, es en verdad una esforzada y sorprendente tarea.

No olvidará nunca Martí su vida en la capital de Aragón. Vivió allí meses de intenso y fructuoso trabajo entre gente cordial y franca; vivió horas de satisfacción y también horas dramáticas.

A principios de 1874 —siete meses lleva Martí en Zaragoza—, por un golpe militar se hunde la República y se restaura la monarquía en España. Cuando a Zaragoza llega la noticia del golpe de estado, el pueblo levanta barricadas en las calles, dispuesto a defender la libertad contra los militares traidores. La metralla de los cañones barre a hombres, mujeres y niños. Martí asiste a esa violencia sangrienta.

Unos días después se organiza en un teatro una velada a beneficio de las familias de las víctimas, y Martí dice en ella su valiente discurso en honor de quienes murieron por defender ideales de decoro y de libertad. El pueblo se entusiasma de admiración y simpatía por aquel magnífico joven cubano que con tanta dignidad está a su lado en la protesta y en el dolor.

¡Aragón! Nunca olvidará Martí al pueblo franco, fiel y valiente; no olvidará su nobleza acogedora, el afecto sincero y abierto, y en el corazón llevará además el dulce y doliente recuerdo de un amor en flor.

*Para Aragón, en España,  
Tengo yo en mi corazón  
Un lugar todo Aragón,  
Franco, fiero, fiel, sin saña.  
Si quiere un tonto saber  
Por qué lo tengo, le digo  
Que allí tuve un buen amigo,  
Que allí quise a una mujer.<sup>12</sup>*

Y ha de partir. Ya cumplió en cuatro años de destierro en España su quehacer de trabajo y de estudio. Ahora ha de volver a tierras de América, cerca de su patria. Afronta el pesar de la separación de la tierra aragonesa, y el dolor de alejarse de la bella Blanca de Montalvo, la joven sentimental de triste mirada de súplica.

Triunfa sobre el dolor el deber. Tiene que partir. Sabe que sus padres y sus hermanas se han trasladado a México porque en La Habana les es casi imposible vivir con su trabajo, y Ana, la candorosa y tímida hermana, ha ido enferma y allí sigue sufriendo. Tiene que ir allá.

Antes de finalizar el año, salen Martí y Fermín para Madrid, y desde allí, a París. Se cierran aquellos cuatro años de juventud del destierro en España, como un sueño de dolor, de ilusión y de desengaño.

---

<sup>9</sup> “El día 27 de noviembre de 1871”, en *OCEC*, t. 1, p. 98.

<sup>10</sup> “A mis hermanos muertos el 27 de noviembre”, en *OCEC*, t. 15, p. 57.

<sup>11</sup> “Las Reformas”, en *OCEC*, t. 1, p. 124.

<sup>12</sup> *Versos sencillos*, VII, en *OCEC*, t. 14, p. 309.

## **De Europa a México**

*Fines de 1874 a febrero de 1877*

Fermín es siempre hermano. Allí está él para compartir con su amigo lo que tiene, y para acompañarlo y agasajarlo.

Los dos amigos llegan a París en invierno. ¡Oh!, París ha sido siempre una ilusión en el alma de Martí. París es entonces centro cultural del mundo, y es corazón del pueblo que abrió con su revolución una nueva etapa hacia la libertad.

Martí es gran admirador de la cultura francesa y sabe el idioma. Hay que aprovechar aquellos días de paso en la Ciudad Luz. Es apasionante recorrer los lugares más bellos y los más típicos; visitar los famosos museos en los que hay obras maestras de todos los tiempos; indagar y buscar libros de los más altos talentos, de los novelistas y los poetas...

¡Días inolvidables! Pero hay que renunciar y seguir el viaje. Fermín acompaña a Martí hasta el puerto de El Havre, donde este ha de embarcar en un vapor de emigrantes. Fermín tiene que quedarse aún en Europa. Los dos amigos se separan allí con un largo abrazo: “¡Fermín hermano!”—“¡Querido Martí, yo iré allá a reunirme contigo!”

Zarpa el barco. Las costas de Francia se pierden pronto en la bruma. Una corta escala en Inglaterra y vienen luego los largos días de travesía del Atlántico.

¿La Habana? Sí, allí está La Habana. El barco hace también escala en ese puerto. Martí tiene allí cerca, ante él, la ciudad, su ciudad, que tan solo puede recorrer con los ojos. Desde la borda contempla con repugnancia el ir y venir altanero de las autoridades coloniales del puerto, y le gana la emoción de imaginar, allá en los campos, la guerra noble y brava, encendida ya siete años. Veintidós ha cumplido Martí en este viaje que lo ha traído a tierras de América.

Al fin, ¡Veracruz!, ciudad tendida al sol desde el mar, entre verdores y fragancias vegetales. Pisa Martí en Veracruz suelo de México. Desde allí, en ferrocarril de locomotora jadeante que atraviesa llanuras fértiles, bordea precipicios, rodea y sube pendientes de tierras secas y de tierras floridas, llega a la capital, en ancha llanura rodeada de cumbres.

En la estación lo espera su padre, acompañado del mexicano Manuel Mercado, vecino y amigo de la familia, y allí están también sus hermanas: Carmen, Amelia, Antonia... Falta Leonor, casada, que llegará pronto de La Habana, y falta Ana. ¿Dónde está Ana? Don Mariano viste todo de negro, y en todos se ve una sombra de tristeza. La linda, la bien amada y dulce hermana, había dado un mes antes su suspiro último, de mal del corazón.

Ya él lo había presentido:

*El pobre corazón me lo decía:—  
“¡Ay! ¿cuando vuelva yo, se me habrá ido  
La candorosa niña que solía  
En mis brazos hallar caliente nido,  
Y perfumar de amor mi fantasía?”—*[13](#)

Al dolor de la muerte de la hermana querida, se une el de ver la estrechez en que la familia vive del duro trabajo de costura de la madre y de las hermanas. El padre, el pobre viejo, ya vencido, no puede ocuparse en nada.

El noble Manuel Mercado anuda enseguida una amistad íntima con Martí; una amistad que será fraternal toda la vida. Manuel Mercado es persona influyente, y recomienda a su amigo para trabajar en la *Revista Universal*. No tarda Martí en hacerse notar y distinguirse en el periódico por su claro talento, por su cultura, por la facilidad y la elegancia de su palabra, por su constancia en el trabajo que a todo llega y todo lo hace y cumple todo. Publica primero versos; luego, artículos que firma con el seudónimo *Orestes*. El estilo original y ágil de sus escritos gana pronto la simpatía de los lectores y la admiración de los hombres de talento. Alienta firme en los escritos de Martí la fe en el destino de los pueblos de América, la preocupación por su situación social y económica, el deber de mantener y avivar el carácter propio de cada nación, y, en México, la obligación de

oponerse a influencias extrañas que debilitan las raíces del patriotismo vigoroso y creador.

“¡No es extranjero; es nuestro, es nuestro!”, decían sus compañeros mexicanos. Sí, en Martí se anunciaba ya el “hombre de América”, el hombre de la fe en los pueblos de América y en la redención de los seres indoamericanos, testimonios abandonados y humillados de floridas civilizaciones destruidas.

Escribe Martí en honor y en bien de la tierra que lo alberga y en apoyo del ideal democrático y de la educación del pueblo. Él, que vive con el pesar de su débil constitución dolorida que le impide ir a la pelea en su patria junto a los libertadores, y que siente “¡Ira y vergüenza para los que no luchamos a su lado!”,<sup>14</sup> libra su constante batalla contra las malvadas actitudes que intentan desacreditar la guerra noble y heroica que mantiene el pueblo de Cuba a costa de tanto sacrificio.

Escribe de política, de poesía, de arte... Y, en un solo día, por complacer a un amigo actor y director teatral, escribe el proverbio *Amor con amor se paga*, pieza en verso que se pone en escena con gran éxito. La fama de Martí como escritor se afirma y crece, y es esperada también su palabra de gran orador en homenajes y conferencias, y en organizaciones de obreros, que lo eligen para que los represente en un congreso de trabajadores.

Entre las relaciones de Martí en México, una había de traer a su vida consecuencias que la marcarían con honda huella. Don Francisco Zayas Bazán es abogado cubano de acomodada posición, que llegó a México desde tierra camagüeyana. Martí visita con frecuencia aquella casa en la que se respiran vida y recuerdos de la patria querida. Con don Francisco viven sus tres hijas: Carmen, Isabel y Rosa.

Carmen es mujer vistosa, gallarda, elegante. Sus hermosos ojos miran dulcemente, y su voz es suave y mimosa. No tarda Carmen en sentirse prendada del joven periodista y poeta de palabra ya dulce, ya firme y conmovedora. Martí se encariña con Carmen, habla de ella apasionadamente, y llega a nacerle por ella en el corazón un firme amor que es promesa de amor para siempre.

A los casi dos años de vida en México, los acontecimientos van a hacer que Martí busque nuevos rumbos. Violentos cambios políticos que agravarán los males del país que ha sido su hogar acogedor, hacen ahora la vida difícil y peligrosa para un extranjero como él, de lucha noble. La situación de su familia le ha preocupado siempre hondamente, y ya de tiempo teme por ella, con el recuerdo de su hermana Ana, el clima de altura de México. Además, no deja de ilusionarle la idea de hallar un ambiente y un trabajo más estables para formar el hogar que sueña con Carmen.

Martí decide dejar México por destinos aún inciertos. Dispone primero y apresura el viaje de su familia a La Habana, y él embarca en Veracruz. Ha de ir a Cuba a arreglar allí el acomodo de los suyos para cuando lleguen, y, pues como desterrado le está prohibido llegar, hace el viaje con pasaporte mexicano que le proporcionan sus amigos, a nombre de Julián Pérez; su segundo nombre y su segundo apellido.

Martí viaja de Veracruz a La Habana a principios del año 1877. Es peligroso entrar en el país, pero está decidido. Seis años hace que salió de su patria. En cuanto desembarca va a casa de Valdés Domínguez. Entusiasta sorpresa y gran alegría.

De vuelta de otros países, Martí vuelve a sentir de cerca el corrompido ambiente de la vida en Cuba y comprueba el sensible desaliento ante el incierto destino de la revolución, que va ya en sus nueve años de pelea.

Se venden públicamente esclavos en La Habana, no se ocultan la pobreza y la explotación de las gentes humildes, mientras cunden la arbitrariedad de la ley y los sucios negocios. Los pasos de la revolución heroica son pasos al fin de fatiga, de desconcierto, de pugnas y diferencias entre los jefes. Las fuerzas insurrectas se debilitan en su desesperado esfuerzo, limitado a la lucha interior, sin la simpatía y la ayuda organizadas fuera de la Isla. ¡Ay, la hermosa y malograda lucha sin firmes cimientos! No es esa la guerra necesaria y eficaz que lleve al triunfo. La revolución segura y decisiva hay que prepararla aún.

Tras mes y medio en La Habana, asegurado y bien dispuesto el regreso de sus padres, Martí resuelve ir a Guatemala a probar allí trabajos y vida

nuevos. El padre de Fermín lo alienta para que vaya sin cuidado, y le ayuda para que lleve a cabo el viaje.

En la vida de Martí se abre un nuevo horizonte en suelo de América.

---

[13](#) “[Amiga: yo esperaba]”, en OCEC, t. 15, p. 101.

[14](#) “Cuba”, en OCEC, t. 1, p. 123.

## Guatemala

*Febrero de 1877 a agosto de 1878*

De Cuba va el barco a Veracruz. De allí, a tierras de América Central. Días lleva Martí, desde la punta de Yucatán, viajero solo, de barco en barco y a caminos por campos y poblados, hasta llegar a suelo de Guatemala. Va animado y confiado. Guatemala se le aparece tierra espléndida, de selva verde y poderosa. En esa naturaleza bellísima, la huella del hombre es entonces tan solo de pobres caminos de vida primitiva. La existencia dura y triste del indio pone una dolorosa melancolía en el paisaje; vida de servidumbre, en aquella tierra ancha y llena donde “El quetzal es el pájaro hermoso de Guatemala, el pájaro de verde brillante con la larga pluma, que se muere de dolor cuando cae cautivo, o cuando se le rompe o lastima la pluma de la cola”.[15](#)

Martí va escribiendo notas en todos estos días de viaje fatigoso. Al fin, avanzado marzo, llega a la capital, en alto valle luminoso y florido. Arriba fatigado, pobre y desconocido, pero le alienta la esperanza en el país acogedor y noble.

Lleva una carta del padre de Valdés Domínguez para el Presidente de la República, pero quien primero le da la mano y lo apoya y lo dirige es el profesor cubano José María Izaguirre, que es allí director de la Escuela Normal. Izaguirre es hombre culto, y es poeta, y ha leído escritos de Martí, y lo admira.

—¿Es usted José Martí, el autor de *El presidio político en Cuba*?

—Sí, señor, yo soy el autor de ese folleto y el mártir a quien se refiere.

Por indicación de Izaguirre, Martí es nombrado profesor de Literatura e Historia de la Filosofía de la Escuela Normal.

En pocos días ha conquistado ya Martí en la ciudad muchas simpatías y la estimación de las personas cultas. Ahora siente la profunda satisfacción de ser maestro. En las clases y por los pasillos los alumnos lo escuchan



sugestionados por sus maneras suaves y afectuosas y por sus preciosas y conmovedoras palabras.

En una velada que se organiza en la Escuela Normal, hablan dos ministros del Gobierno, elocuentes oradores. Martí pide permiso para hablar. Y Martí habla, y su palabra es discreta, y es primero serena, y se abre y se desborda luego, amplia, vibrante, caudalosa, sabia... Todos en la velada quedan sorprendidos ante aquel joven profesor peregrino, que es orador asombroso.

Crece el prestigio del maestro cordial y sencillo. Se habla de él con mucho elogio en la ciudad, y las personas de más talento y las de más rango lo atraen y procuran su amistad. No aspiraba él a conquistar esa fama y esos honores; había ido a Guatemala con una ambición más callada e íntima. Él mismo lo había dicho: “Vengo a ahogar mi dolor por no estar luchando en los campos de mi patria, en los consuelos de un trabajo honrado, y en las preparaciones para un combate vigoroso.”<sup>16</sup>

Las casas de las familias de más nombres están abiertas para las visitas de Martí; pero él frecuenta con más gusto la del general García Granados, ex presidente del Gobierno, a quien el país debe tanto como buen gobernante. El noble hombre político recibe con agrado las visitas de Martí, para charlar con él, para jugar al ajedrez, para hablar de los pueblos americanos y de su futuro. Entre las hijas del general, la mayor, María, espera también la visita del amigo que tiene en los ojos la pena del destierro.

María es muy joven, y es bella y delicada. La mirada de sus grandes ojos negros es lánguida y dulce.

Para los dos amigos son de contento y halago las horas que están juntos. Él le habla con bellas palabras y versos gentiles; pero, ¡ay!, que en las miradas de ella se hace más tierna la tristeza, y en la caricia de su voz hay un temblor de dolido amor sin esperanza.

Luchan en el corazón del joven la promesa del amor a Carmen que lo espera y la pena de aquella amarga desventura de María, doliente de un amor que la consume como una llama.

Antes de finalizar el año 1877 sale Martí para México a cumplir su compromiso. Se casa allí el 20 de diciembre, próximos sus veinticinco años; termina la edición del folleto que ha escrito sobre Guatemala y regresa feliz con Carmen, a continuar su trabajo en la Escuela Normal. Poco después se cerraban para siempre los ojos de María García Granados, la dulce Niña de Guatemala, cuyo recuerdo triste cantó Martí años después con dolor sin consuelo.

*Como de bronce candente  
Al beso de despedida  
Era su frente ¡la frente  
Que más he amado en mi vida!*[17](#)

Durante la ausencia de Martí habían cobrado vuelo campañas interesadas y reaccionarias contra la Escuela Normal y contra su director, calumnias y descréditos que inclinaron al Presidente a destituir a Izaguirre de su cargo.

Lleva poco tiempo Martí de casado, y ha de vivir de su sueldo de profesor, más necesario ahora para mantener su hogar; pero ante la injusticia que sufre su amigo, se rebela y corre a decirle:

—Lo que han hecho con usted es una cosa indigna. Voy a presentar mi renuncia inmediata.

—No haga usted semejante locura —le dice Izaguirre—. Si el sueldo de que aquí goza es el único recurso con que cuenta para mantenerse y mantener a su esposa, ¿a qué queda usted atenido si lo renuncia?

—Renunciaré —añade Martí—, aunque mi mujer y yo nos muramos de hambre. Prefiero esto a hacerme cómplice de una injusticia.

A pesar de la actitud de Carmen, que no puede comprender que su marido rechace el sueldo de que viven, Martí renuncia a su trabajo.

La situación es crítica para decidir. En Cuba había cesado la guerra seis meses antes. El Pacto del Zanjón ha dejado en suspenso las armas, pero no han muerto las esperanzas y las ansias de libertad. Allí está ya su familia, y allí, en la patria querida, habrá de nacer el hijo que ya espera.

Tras el viaje largo y penoso desde la capital hasta el mar, a lomo de mulos. Martí embarca con Carmen, rumbo a Cuba, en el mes de agosto.

---

[15](#) “Las ruinas indias”, La Edad de Oro, en OC, t. 18, p. 381.

[16](#) Carta a Joaquín Macal, en OCEC, t. 5, p. 83.

[17](#) Versos sencillos, IX, en OCEC, t. 14, p. 312.

## Conspirador en Cuba

*Agosto de 1878 a septiembre de 1879*

Otra vez a mar y a vientos; ahora camino de su suelo de raíz. La guerra ha cesado en Cuba y ya pueden volver a la patria los que de ella salieron desterrados. No va Martí en busca de asiento y de sosiego. Él sabe que el Pacto del Zanjón ha podido apaciguar a los que se contentan con mezquinas concesiones que ofrecen a Cuba una pobre ilusión de libertad; pero sabe también que, aunque hayan descansado las armas, vive triunfante en el corazón de los combatientes el ansia de la total independencia. Maceo, Máximo Gómez y otros jefes principales habían salido de la Isla con encendido ánimo de protesta.

En el barco ganadero en que hace la dura travesía con Carmen, va soñando Martí los días futuros, y en la ilusión prepara el ánimo, impaciente por emprender la pelea necesaria. A la patria le va el hijo que, en conquistarle su libertad, lleva puestas su vida y su ardiente pasión revolucionaria.

El día 31 de agosto desembarca Martí con su mujer en La Habana. Su familia vive con escasos recursos. Él los tiene muy justos, y ha de prever que no tardará en nacerle el hijo.

Aunque nunca tuvo simpatía por la profesión de abogado, y tampoco le permiten ejercerla por no tener el título de sus estudios en España, busca empleo en el bufete de dos amigos: primero en el de Nicolás Azcárate; luego, en el de Miguel Viondi. Después trabajará además de profesor en un colegio.

Como regalo feliz sintió su vida el nacimiento del hijo, casi a los tres meses de estar en La Habana. ¡Inmensa ternura paternal, la de Martí el bueno! “Momentos supremos —dice— cuando me enseñaron a Pepe recién nacido.”<sup>18</sup>

Pero la dicha de la vida familiar con los seres más queridos, con la mujer amada, con su hijo, rey, con el que se siente renacer, no ciega la luz de su camino ni colma su ansia de abnegación, motivo de su vida. La rebelión ha

cesado en Cuba, pero vive el ánimo rebelde. Unos han ido al exilio a preparar desde allí acometidas nuevas; otros se mueven callados por toda la Isla. Él tiene que unir esos afanes valerosos y tiene que ser la voz en que se sienta que los motivos patrióticos no han muerto ni pueden morir.

Con un grupo de conspiradores y con hábiles emisarios, emprende la tarea de entablar relación con jefes combatientes que salieron del país y con los que quedaron en él. En esta labor, el periodista Juan Gualberto Gómez, culto y noble amigo, es uno de los compañeros más activos y valiosos.

Seguía viviendo Martí con su mujer y su hijo en una casa modesta, y seguía con su trabajo en el bufete y en el colegio. Las reuniones con los conspiradores lo sacaban también de casa.

Todo ese quehacer no le impedía aceptar invitaciones y aprovechar oportunidades de hablar en público. El Liceo Artístico y Literario de Guanabacoa lo nombra secretario de la sección de Literatura, y en aquella prestigiosa institución dijo muy elocuentes discursos. Tiene Martí 26 años y es orador sorprendente, que conmueve y cautiva. Su pensamiento es de mucho saber, y su voz es viril y hermosa.

Fue emocionante su lectura en memoria del poeta Alfredo Torroella. Fue brillante su intervención en el debate sobre “Idealismo y realismo en el arte”. Nuestro pensador Enrique José Varona estuvo allí y escribió luego: “Nunca olvidaré el embeleso en que estuve todo el tiempo que habló Martí.”<sup>19</sup> Fue soberbio su discurso sobre el dramaturgo español Echegaray, y fue viril su brindis en un banquete en honor del periodista Adolfo Márquez Sterling, en el que se le oyó decir: “Porque el hombre que clama, vale más que el que suplica [...] Y los derechos se toman, no se piden: se arrancan, no se mendigan.”<sup>20</sup>

Al día siguiente tuvo que hacer en el Liceo el elogio del violinista Díaz Albertini. Asistió a la velada el general Ramón Blanco, con cargo de Capitán General de la Isla. El general escuchó embelesado el discurso, pero cuando salió de su asombro dijo: “Quiero no recordar lo que he oído y no concebí que nunca se dijera delante de mí, representante del Gobierno español. Voy a pensar que Martí es un loco. Pero un loco peligroso.”<sup>21</sup>

No podía atemorizar a Martí el seño adusto de la autoridad. Ante la sinceridad y la verdad, ningún temor, y su camino estaba trazado. Su vida está empeñada en favorecer la única causa digna y justa: la revolución en armas para lograr la independencia.

La conspiración se extiende por la Isla. Descubierta el plan en Oriente, el 26 de agosto se alzan los rebeldes, aun sin recursos, en el campo oriental, y luego en el de Santa Clara. La revolución había empezado en una guerra que no podría sostenerse mucho.

Martí y Juan Gualberto Gómez citan a los grupos de conspiradores de La Habana para organizar la ayuda a los alzados. Secretamente se reúnen en Regla y constituyen un comité que preside Martí. Pero algún espía delata la trama, y no necesita el general Blanco que le digan quién es el alma de la conspiración.

Martí había invitado aquel día a su mesa a Juan Gualberto para seguir luego trabajando. No se habían recogido aún los manteles, cuando llamaron a la puerta. Fue Carmen a abrir y, al volver, había inquietud en su gesto y en su voz:

—Pepe, un hombre pregunta por ti.

Salió Martí al recibidor y volvió pronto. Cambió serenamente breves palabras con la esposa y el amigo, entró al cuarto a tomar unas monedas y salió de la casa con el celador de policía, detenido.

Avisó enseguida a Azcárate y a Viondi Juan Gualberto. Recurrieron a sus influencias los dos abogados. Las autoridades coloniales insinuaron que si Martí se avenía a declarar públicamente su adhesión al Gobierno español, se le permitiría seguir viviendo en Cuba. Cuando alguien fue a decírselo a Martí, este contestó: “¡Martí no es de la raza vendible!”

Unos días después, el 25 de septiembre de 1879, salía Martí en el vapor *Alfonso XII*, otra vez deportado a España, a disposición del gobernador de Santander. Una vez más la separación de su madre, de sus hermanas, de su padre achacoso. En el puerto, un adiós de contenida congoja a su esposa y a su hijito.

En la casa triste sin el padre, separados de él, la esposa y el niño amados.

Martí seguía su amargo camino de desterrado.

Mar adentro, desde el *Alfonso XII*, se va alejando hasta perderse la entrañable estampa familiar de las fortalezas del puerto y de la ciudad tendida. El dolor despierta, viva, de ocho años atrás, la memoria de otro rumbo igual. Dieciocho años tenía en su primer destierro a España; en este ha cumplido ya los veintiséis.

---

[18](#) OC, t. 18, p. 288.

[19](#) Enrique José Varona: José Martí, obra y vida, Ediciones Siruela, España, 1995, p. 56.

[20](#) “Brindis en el banquete celebrado en honor a Adolfo Márquez Sterling, en los salones altos del Louvre”, en OCEC, t. 6, p. 59.

[21](#) Jorge Mañach: Martí, el Apóstol, Espasa-Calpe. Argentina, México, 1944, p. 118.

## Segundo destierro a España

*Octubre de 1879 a enero de 1880*

Solo días de descanso y espera en Santander; enseguida, Madrid. Vuelve a ver Martí con ojos curiosos lugares conocidos, y su afán busca los cambios que, tras seis años de ausencia, desearía encontrar generosos y humanos. Mas no tarda en comprobar que sigue como siempre firme y terca la incomprensión de los gobernantes para las cuestiones de las Antillas, y la ceguera para la justicia que Cuba reclama.

Trae de su amigo Viondi, de La Habana, recados para un abogado de Madrid. Es cuestión de un pleito difícil de resolver, y el abogado le procura a Martí una entrevista con Cristino Martos, distinguido político y orador.

Visita Martí a Cristino Martos. Le habla de cuestiones del pleito testamentario en que están interesadas personas de La Habana, y de ahí toma pie para explicar al político la real situación de Cuba.

¿Qué no dirá Martí en dos horas que dura la entrevista? Cuba misma habla allí; la colonia burlada y vejada; el engaño de la tregua del Zanjón; la revolución triunfante en los corazones; los castigados, los presos, los deportados; la represión inicua... Cristino Martos escucha. Está impresionado por la sinceridad y el talento del cubano apasionado y elocuente; quiere oír más, quiere saber más... Y Martí explica, razona, se duele, denuncia y prevé la resurrección revolucionaria.

Al día siguiente, en una sesión solemne de las Cortes, se levanta Cristino Martos y habla en un tono raro e impresionante. Pide piedad para la Isla desdichada. “Se ha mentido; se ha obtenido la paz por sorpresa; la paz no está en el país; se gobierna con el odio y el terror...”<sup>22</sup> Sobre la Cámara atónita, baja tronando el párrafo cubano ¡Son las ideas y las palabras de Martí; el discurso del desterrado en la visita del día anterior!

Martí le escribe a su amigo Viondi. En esas cartas deja ver las preocupaciones que lo inquietan. A la indignación frente a la ignorancia culpable y el interés hipócrita con que miran los políticos el destino de



Cuba, se une el pesar constante de la separación de los suyos. Un mes de ausencia; un mes de recuerdos que le asaltan el ánimo sombrío.

No hay, Viondi, a la par de los altos deberes, placer más dulce ni dolor más grande que el que causa estar cerca o estar lejos de esas criaturas, en las que, por transfusión maravillosa, está el calor de todos los amores. En vano se busca el alma, quedada en ellos. Perderlos es menester para mejor amarlos. Ni mujer bella, ni niño hermoso, cuando estamos lejos de nuestra mujer y nuestro hijo.<sup>23</sup>

Le vence la espera de noticias y se siente abatido. “Yo di en cama con este pobre cuerpo, que sin las almas que me lo animaban anda,—enfermo y ebrio. (...) Es cosa de huir de sí mismo esta de no tener ni suelo propio en que vivir, ni cabeza de hijo que besar. (...)”<sup>24</sup> “En esperar y amar se me pasa el tiempo. Y en devorar impaciencias que no quieren adormecerse: ¡qué trabajo, la pereza!”<sup>25</sup>

Trata de librarse del recuerdo obsesionante, visitando museos, escribiendo notas, asistiendo a óperas, estudiando...

Por fin llega la carta ansiada de la esposa. Hay en ella palabras de queja velada y de incomprensión que son como un corte profundo en el cariño. “Cien puñales clavados en mi pecho no me causarían el dolor que esta primera carta me ha causado.”<sup>26</sup>

¡Ay!, que no sienten ni conciben su vida sacrificada. No comprenden que no puede renunciar, por el amor familiar y el bienestar, al deber que ha de cumplir para su pueblo.

El ambiente de Madrid lo hastía, la innoble política lo indigna, el íntimo pesar lo agobia. Tiene que librarse de un destierro que lo consume; acercarse a la patria y unir las fuerzas dispersas para poner en marcha la revolución que la salve...

Tras un breve paso por París, llega a Nueva York el 3 de enero de 1880.

- 
- [22](#) “Cristino Martos”, en OC, t. 4, p. 430.
- [23](#) OCEC, t. 6, p. 123.
- [24](#) Carta a Miguel Viondi, en OC, t. 20, p. 274.
- [25](#) Ídem, p. 272.
- [26](#) “Cuaderno de apuntes No. 8”, en OC, t. 21, p. 124.

## **En Nueva York**

*Enero de 1880 a enero de 1881*

Nueva York es ya entonces ciudad enérgica y activa. La gente trajina por sus calles abarrotadas. Producir, comprar y vender, trabajo y negocio, tejen el alma de la ciudad nueva y rica.

A la urbe bulliciosa y apresurada llega Martí, con el pesar de la lejana ausencia del hijo y de la esposa resentida, atormentado del sufrimiento de la patria y del recuerdo de su padre enfermo. “¡Ah, pobre viejo!—¡Y yo, más pobre!”<sup>27</sup>

¿Adónde ir en esta gran ciudad de vida atropellada, en que la gente se mueve tras el triunfo de la riqueza, sin otros nobles motivos y ansiedades del alma? ¿Adónde encontrar afecto y techo acogedores en este mundo extraño?

Una vivienda cordial, de familia trabajadora, se le abre con brazos fraternales. Es la casa de Miguel Fernández Ledesma, viejo amigo y compañero de ofensas en el presidio político, que se escapó de la prisión española de África. Con esta buena familia cubana halla por el momento albergue.

No sabe aún cómo podrá vivir en aquel mundo apresurado y turbulento; pero tiene confianza en que su energía logrará abrirle un humilde hueco en él, y pide enseguida a Carmen que venga pronto con su hijo. Los necesita; no se trabaja bien sin el espíritu tranquilo.

Tiene que prepararse para buscar algún trabajo. Estudia horas y horas para dominar la hermosa y rebelde lengua inglesa. Cuando tenía trece años ya intentaba traducir a grandes poetas ingleses, pero ahora tendrá que llegar a conocer y usar bien el idioma del país donde va a vivir.

No le ocupa todo el afán en estos primeros días el interés por su situación personal; hay otra preocupación mayor que lo mueve. En aquella casa donde se hospeda viven algunas familias cubanas, y allí está el general

Calixto García, el jefe rebelde que salió de las prisiones españolas después del Pacto del Zanjón.

Los une a Martí y al general la pasión por hacer libre a la patria. Hablan, proponen y, en el comité de los revolucionarios cubanos de Nueva York, conciben y acuerdan el plan de una expedición a Cuba, mandada por Calixto García.

Para llevar a cabo el plan precisa mover y levantar el ánimo de los cubanos del exilio, y es Martí quien tendrá que hablar, a los veinte días de su llegada a Nueva York, en una reunión convocada en *Steck Hall*.

Pocos de los exiliados conocen a Martí más que de vagas noticias de su entusiasmo revolucionario, y son muchos los que sienten decaído el ánimo ante los oradores que vienen a proclamar planes ilusorios de rebelión, sin otra virtud que el fuego de las palabras.

Pero el sereno y noble discurso de este joven es distinto y de una rara fuerza persuasiva. Él analiza las causas de los esfuerzos estériles y de los fracasos; él plantea las condiciones necesarias para el éxito de la insurrección; él alienta y justifica los motivos que empujan a proseguir la lucha; él razona, él ve, sin que nada falte, los fines humanos, las condiciones políticas y el destino histórico que piden una guerra no dirigida por la cólera, sino por la reflexión.

El vigoroso y magistral discurso ha levantado los ánimos y ha conquistado las voluntades. Como consecuencia, Martí pasa a ser presidente del Comité revolucionario cubano de Nueva York y rector de la nueva etapa guerrera.

Pocos días antes de su intervención en *Steck Hall*, Martí ha encontrado trabajo: el sorprendente encargo de escribir artículos en inglés sobre crítica de arte en la revista *The Hour*. Y Martí escribe artículos admirables sobre obras y pintores famosos, en un idioma que no es el suyo. Poco después le contratan también artículos en el diario *The Sun*. Todos esos artículos se pueden leer hoy traducidos.

Para no ser molesto ni gravoso, Martí procuró que durase poco el alojamiento que la buena familia del compañero del presidio político le

ofreció al llegar. Enseguida halló donde hospedarse y vivir en ambiente sencillo y afectuoso. En la casa de huéspedes que tienen el cubano Manuel Mantilla y su mujer Carmen Miyares, encuentra aposento estable y familiar. Allí le llegan al fin la esposa y el hijo, tan esperados. No es todo alegría; las horas están también cargadas de inquietud en aquellos días, y han de seguir otros de acontecimientos desventurados.

Ha dado sus frutos la propaganda revolucionaria, y a principios de mayo Calixto García pudo llegar a Cuba a avivar y llevar adelante la insurrección, todavía activa en algunos lugares de la Isla. Todos esperan, pero pronto se hunden el entusiasmo y la esperanza. Enfermo y sin poder vencer dificultades poderosas, Calixto García se ha visto obligado a capitular.

Martí admite con templado ánimo el triste fin de la Guerra Chiquita. Él mismo aconseja dejar las armas hasta que llegue el momento en que otras condiciones bien preparadas puedan asegurar el triunfo. “Debe hacerse en cada momento lo que en cada momento es necesario.”<sup>28</sup> “La guerra será imposible mientras no se haga una guerra de pensamiento y de conjunto.”<sup>29</sup>

Es una época crítica; semanas y meses de adversidades y pesadumbres. Ha fracasado el intento de revivir la rebelión en el suelo patrio, y el gozo del amor de la esposa y el hijo se ve turbado de inquietud y amargura. No siente como él la esposa; ella lo quiere tranquilo y dedicado al interés del propio hogar y al bien del hijo; ella propone que él vaya a Cuba colonial, a labrarse allí un porvenir seguro; ella no puede comprender que la vida del esposo haya de ser, según ella la juzga, como un ansia errante y desdichada por salvar a su patria, y un soñar la quimera de servir a la humanidad; ella siente así..., y él siente cada vez más firmes su misión redentora y su deber de sacrificio.

Pese al sufrimiento de los dos por una felicidad que se hace imposible; pese al amor mutuo no extinguido, la vida del matrimonio se siente herida por la discordia, que la pobreza ayuda a hacer más honda.

Llega el invierno, y el ánimo de Martí está deprimido por el fracaso de la guerra y por el disgusto de la esposa. La campaña para ayudar a la insurrección ha de quedar interrumpida. El trabajo de escribir tan solo da ganancia escasa para el sostén familiar, y la esposa decide volver a Cuba

con su hijo hasta que lleguen mejores tiempos. Los días son de abatimiento e indecisión.

Pero renace pronto en el corazón la primavera con nuevos bríos y ansias redobladas. Saldrá del ambiente penoso de Nueva York. Irá donde pueda conquistar el bienestar que espera la esposa; donde pueda echar a andar la gran cruzada por la independencia de su patria y por abrir ancho cauce y marcha común a los pueblos de América.

El ánimo está dispuesto; los brazos, listos. La decisión está hecha. La meta es la patria de Bolívar, cuna de la libertad americana.

---

[27](#) Carta a Miguel Viondi, en OC, t. 20, p. 282.

[28](#) Cuaderno de Apuntes No. 3, en OC, t. 21, p. 107.

[29](#) “Nuestros periódicos”, en OC, t. 5, p. 53.

## **En Venezuela**

*Enero a julio de 1881*

De su viaje largo de doce días desde Nueva York a Venezuela, dejó Martí notas que en la travesía iba escribiendo, y años después, en su revista *La Edad de Oro*, recordó así su llegada a Caracas:

Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo.<sup>30</sup>

Hijo del gran ideal americano era el que llegaba; vigoroso soñador de la libertad y del concierto firme de todos los pueblos hermanos del continente.

Martí entra en la vida de Caracas con un sincero y puro entusiasmo por la historia heroica del país, por el noble carácter de sus hombres, por la naturaleza espléndida, y allí está como quien va a encontrar “solar nativo y pueblo propio”.<sup>31</sup>

Armado va de amor y de afán de servir a los hombres, de ayudarles en sus trabajos y en sus ansias. Y sobre la baja política que sufre el país, él va a señalar y proclamar un alto ideal que abarque la libertad y el porvenir de todos los pueblos de nuestra América. Pasarán los siglos y no llegará para vivir en la tierra hospitalaria un hombre que vaya a ofrecer tan puro ejemplo de culto al deber y a la virtud, y de tan preclaro ánimo apostólico.

No tarda en tener a su lado a escritores y artistas y a la juventud estudiosa e inquieta. Ya se sabe de su talento y de su devoción patriótica. A poco de llegar se le invita a tomar parte en una velada artística del Club del Comercio. Los salones se llenan. El discurso de Martí es una emocionada evocación de las glorias de Bolívar y una poderosa visión de los deberes que hay que cumplir para labrar los cauces futuros de la vida americana. La palabra, de hermosa elocuencia, iba encendida de luz y fuego proféticos.

Luego fue la admiración, el trato con los hombres de más talento, el buscarlo para que diera clases de oratoria a los estudiantes universitarios, el proporcionarle trabajo de profesor de francés y literatura en dos colegios, y el ofrecerle las columnas del periódico *La Opinión Nacional*. Escribiendo para ese periódico, proyectó y llegó a publicar una revista suya: la *Revista Venezolana*.

Crecía el prestigio de Martí y la simpatía por él de los jóvenes y de los mejores hombres del país. Sus artículos de *La Opinión Nacional* y de la *Revista Venezolana* eran soberbios destellos de altos ideales y propósitos generosos. Toda esa fama hizo germinar odios y celos en el corazón egoísta de la gente reaccionaria y en el innoble interés político del presidente de la república Antonio Guzmán Blanco.

Este Guzmán Blanco, político de partido demócrata, había dado en gobernar a Venezuela como un déspota. Era hombre que se adornaba con gestos de soberbia y de presunción. Su afán de mando y de gloria oscurecía su obra de gobierno y le creaba enemigos. Uno de sus más graves críticos era el hombre rebelde, sabio y bueno Cecilio Acosta.

Martí visitaba con frecuencia al admirado y querido anciano Cecilio Acosta; y Cecilio Acosta murió; y Martí hizo de él en la *Revista Venezolana* un elogio que era una semblanza magistral y un canto de devoción por las altas virtudes del grande hombre.

¡Ah, Martí el noble, Martí el valiente, que, teniendo por norte la justicia y la verdad, a todo se arriesga en ser sincero y justo!

El noble escrito ha colmado de irritación al déspota que, viendo en el desterrado cubano un peligroso rebelde, lo obliga a salir inmediatamente del país. No tiene tiempo Martí más que de escribir una carta de despedida a su amigo Aldrey, director de *La Opinión Nacional*. En ella le dice:

Mañana dejo Venezuela y me vuelvo camino a Nueva York (...) cuando se tiene los ojos fijos en lo alto, ni zarzas ni guijarros distraen al viajador en su camino: los ideales enérgicos y las consagraciones fervientes no se merman en un ánimo sincero por las contrariedades de la vida. De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y



fundación urgente me consagro, esta es la cuna; ni hay para labios dulces, copa amarga; ni el áspid muerde en los pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Deme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo.<sup>32</sup>

El 28 de julio —como medio año ha estado en Caracas— se aleja Martí de la tierra de Bolívar. En el alma lleva ilusión y dolor por el porvenir de nuestra América. La “propaganda de dignidad y de luz” lo arroja de nuevo al constante peregrinar.

Tiene entonces 28 años.

---

<sup>30</sup> “Los tres héroes”, La Edad de Oro, en OC, t. 18, p. 304.

<sup>31</sup> “Discurso pronunciado en el Club de Comercio, en Caracas, Venezuela, el 21 de marzo de 1881”, en OC, t. 7, p. 284.

<sup>32</sup> OCEC, t. 8, p. 110.

## Regreso a Nueva York

*Agosto de 1881 a julio de 1882*

Los cubanos que lo vieron otra vez en Nueva York, de regreso de Caracas, lo miraban con gesto de lástima; como quien compadece a un fracasado. El entusiasmo que él había encendido por la causa de Cuba, había decaído mucho entre los emigrados después del último y frustrado esfuerzo revolucionario.

Volvía Martí desalentado y triste a la enorme ciudad de vida áspera, donde la gente se afana y va tras el provecho egoísta y la fortuna material. Él había puesto sus esperanzas en un país que se le había entrado en el corazón, y las perdió. Y ahora lo cercaba un desdén frío y lo herían y lo agobiaban los reproches que le llegaban en las cartas amadas de la madre y de la esposa.

Acudía con amorosos consejos de egoísmo doña Leonor para que cambiase de vida, recordándole lo que le tenía dicho desde niño: “que todo el que se mete a redentor, sale crucificado”.<sup>33</sup> Y la esposa, desde Camagüey, donde ahora ha ido a vivir, le reconviene con el juicio hiriente del cuidado que los padres deben al hijo. No se decide ella por ahora a volver a su lado “para ir a buscar una miseria cierta (...) ya que un fanatismo incomprensible te impulsa en un camino que tiene muchos abismos”.<sup>34</sup> “Nunca se manchó ningún hombre por volver a su tierra esclava, ante la necesidad urgentísima de vestir a su mujer y a su hijo.”<sup>35</sup>

El dolor abate en esos largos días en el hombre bueno el ánimo heroico. Pero no hay pena que apague el ideal y detenga el brazo al corazón puro y magnánimo. “Amo a mi tierra intensamente. Si fuera dueño de mi fortuna lo intentaría todo por su beneficio: lo intentaría todo. (...) sobre el dolor—le escribe a la esposa— de ver perdida para siempre la almohada en que pensé que podría reclinar mi cabeza, tengo el dolor inmenso de amar con locura una tierra a la que no puedo yo volver.”<sup>36</sup>

Pero, ¡ay!, el hijo, el dulce niño amado, sin el cual no hay alegría, ni pesar que pueda aliviarse.

Y es otra vez el trabajo lo que lo salva en aquellos días sombríos. Ya lo ha dicho él: “A todos embriaga el vino; a mí, el exceso de trabajo.”<sup>37</sup> A embriagarse va en aquellos días, en aquellos meses, en aquellos años, en un afán trabajador asombroso.

A los pocos días de llegar a Nueva York comenzó a enviar a Caracas para el periódico *La Opinión Nacional* de su amigo Aldrey, largos artículos que firmaba con seudónimo; es decir, con nombre que no era el suyo. Firmaba así: *M. de Z.*, aquellas crónicas, como cartas, en las que informaba de lo que ocurría en los Estados Unidos y en otros países. Eso es lo que le pedía el director del periódico que escribiera; no temas de arte, de cultura, de cosas bellas y literarias, sino noticias concretas de cosas, personas, hechos de la vida diaria norteamericana y del mundo.

Cualquier periodista habría señalado lo más saliente, y habría escrito sobre ello crónicas vulgares y frías, para informar; pero Martí ponía un raro ingenio y un soberano arte en lo que escribía. Hay que leer aquellas correspondencias suyas a *La Opinión Nacional* sobre el atentado al presidente Garfield, o la que dedicó a la muerte de Emerson, o la apacible y hermosa sobre las Pascuas, o las que escribió a la muerte de Darwin, de Longfellow, de Marx..., para sentir el poderoso talento del escritor, el raro dominio del idioma, el vigor del estilo ágil y brillante, la sorprendente virtud de la palabra justa, de la frase audaz, galana y sabia.

Con entusiasmo leían los venezolanos las admirables crónicas de *M. de Z.*, intrigados y curiosos por saber quien las escribía, hasta que luego se reveló el nombre del que unos meses antes había salido de Venezuela con el dolor de no poder vivir allí como un hijo.

En aquellos primeros meses de Nueva York, Martí atendía al trabajo de periodista. Se refugiaba en el cuarto de la pensión donde vivía, la misma en que había vivido antes, y allí escribía horas y horas. A veces salía a buscar otros trabajos, pues tenía que asegurar el vivir, para hacer la obra que se había propuesto y que era norte de su vida.

Las gentes veían salir de su casa, apresurado, con papeles y libros bajo el brazo, a aquel curioso hombre de mediana estatura, un poco encorvado,

vestido de negro, de rostro apacible, frente ancha, bigote espeso y mirar profundo.

Encontró Martí trabajo de traducir en la casa editorial Appleton, y tradujo al castellano varios libros, y halló además empleo de oficina en una casa comercial y de tenedor de libros en otra. Con esa dura y larga labor de “pan ganar”, que le consumía las horas del día, no dejaba de atender sus compromisos de escribir largas crónicas para distintos periódicos. ¿Cuándo hacía eso? ¿En qué momentos tomados al sueño y a los días de descanso?

Las largas horas de oficina se olvidan al llegar al sosiego de la casa. Allí recobra el ánimo su intimidad y sus sueños. Del fondo sale viva la ilusión del hijo, del niño querido cuyo recuerdo ha ido quedando día a día en versos de gozo y de consuelo. Es jubilosa tarea la de ordenar aquellos versos, para hacer el libro de amor y fiesta a su pequeñuelo, siempre con él aunque esté lejos.

Y el primoroso libro *Ismaelillo* sale a luz. El padre lo ha cuidado con ternura. De ternura están hechos los versos ágiles, menudos, alegres y graves, de una encantadora gracia, como el niño hermoso, de una pureza de joya de limpia luz, y de una dulce nostalgia. En la dedicatoria al hijo rezan estas palabras: “Espantado de todo, me refugio en ti. // Estos riachuelos han pasado por mi corazón ¡Lleguen al tuyo!”<sup>38</sup>

Y no pone a la venta el pequeño libro, “porque me parece —así lo escribe— que es quitar perfume a esa flor vaga”.<sup>39</sup> Lo ha sacado a luz “no para beneficiarme con ello, sino para regalarlo a aquellos a quienes amo, en nombre de mi hijo, que es mi señor”.<sup>40</sup>

Escribir crónicas para periódicos, trabajar en oficinas, le llevan las horas de aquellos días, y esa honrada labor necesaria le pesa como un castigo que no le deja hacer más y más alto. El ánimo se le hunde y se le rebela angustiado, como de alas heridas.

De esas sombras de inquietud y desolación nacen como ríos fieros y atormentados los versos; aquellos versos libres de las horas sombrías de Nueva York, que iban quedando escritos como grabados por pluma de fuego, o como esculpidos por espada de brillos arrebatada.

No publicó Martí sus *Versos libres*, de ardor profundo nacidos y como consuelo en su desconsuelo; se publicaron después de su muerte —llamas de su vida—, y han quedado en verdad como monumento y tesoro de íntima poesía ardorosa y sincera, y de versos de puros destellos.

Entre toda aquella faena diaria que agotaba las horas y las fuerzas, aún le bullían a Martí en el ansia proyectos de libros sobre la vida de los indios de América, sobre historia, sobre mitologías americanas, sobre memorias propias, sobre el concepto de la vida... Pero ¡ay!, que el tiempo es también enemigo y tirano. Tiene que seguir escribiendo artículos de periódico, traduciendo libros, rindiendo trabajo de oficina.

El prestigio de Martí como extraordinario cronista había trascendido, y periódicos de distintos países lo querían como corresponsal en Nueva York. Y Martí escribió para diarios de Caracas, de Buenos Aires, de Bogotá, de México, de Montevideo... En julio de 1882 comenzó a enviar su correspondencia al gran diario *La Nación*, de Buenos Aires. Con especial interés se esperaban y se leían aquellas crónicas en la capital argentina, y se reproducían y se leían también en otros países. La riqueza y el progreso de la nación del Norte atraían la admiración entusiasta de los pueblos hispanoamericanos; pero para Martí no pasaba inadvertida la penetración interesada que el poder y la ambición de Estados Unidos estaba llevando a cabo en los países de nuestra América.

Durante nueve años estuvo enviando a *La Nación* sus crónicas, no pocas de las cuales son sorprendentes obras maestras. Por toda América cundió su fama de escritor. El gran hombre argentino Domingo Faustino Sarmiento, consideraba a Martí como “nuestro representante de la lengua castellana”<sup>41</sup> y pedía que se tradujeran sus artículos para que en Europa se conociera la elocuencia sudamericana áspera, llena de espíritu y con destellos como relámpagos.

---

<sup>33</sup> Carta de Leonor Pérez a José Martí, en *Destinatario Martí*, Casa Editora Abril, 1999, p. 71-72.

- [34](#) Carta de Carmen Zayas-Bazán a José Martí, en ob. cit., pp. 67-68.
- [35](#) Carta de Carmen Zayas-Bazán a José Martí, en ob. cit., p. 74.
- [36](#) Carta de José Martí a Carmen Zayas Bazán, en E., t. 1, p. 226.
- [37](#) Cuaderno de apuntes No. 5, en OC, t. 21, p. 160.
- [38](#) “Prólogo” de Ismaelillo, en OCEC, t. 14, p. 17.
- [39](#) Carta a Enrique José Varona, en OC, t. 20, p. 299.
- [40](#) Carta de José Martí a Charles A. Dana, en E., t. 1, p. 228.
- [41](#) “La Libertad iluminando al mundo” (Carta de Domingo Faustino Sarmiento a Pablo Groussac), en Obras de D. F. Sarmiento, Imp. Litografía Mariano Moreno, Buenos Aires, 1900, t. XLVI, p. 175.

## Discrepancias y decepción

*Julio de 1882 a fines de 1884*

La vida de Martí en Nueva York va entrando en cauce más sereno. Ya tiene asegurado el trabajo de sus crónicas a *La Nación*, y tiene encargos de libros que traducir para la casa Appleton. Ya es hora de que la esposa venza sus vacilaciones y se decida a venir con el hijo, a su lado. Por fin —lo dice en una carta a Bartolomé Mitre, director de *La Nación*— “después de dos años de no ver a mi mujer e hijo, me han venido en estos mismos días, en medio de este crudísimo diciembre, a alegrar mi casita recién hecha”.<sup>42</sup> Él ha tenido buen cuidado en disponer el apartamento alquilado y nuevo en Brooklyn, para esperarlos.

Martí, joven aún —treinta años—, goza la ilusión del hogar con la esposa, y la dicha de tener a su lado a su “Ismaelillo”, ya de cuatro años. El ánimo recobra confianza. Hay una íntima satisfacción en el trabajo, que le va a permitir sostener su casa, ayudar con envíos de dinero a sus padres, y aun traerlos a vivir con él. Trabaja mucho, escribe para varios periódicos, y, además, lo han nombrado redactor y director de la revista *La América*, de Nueva York, para la que escribe también largos artículos.

Pero la ilusión de vida familiar serena y feliz no ha sido más que ilusión. Reviven en el matrimonio las discrepancias. Carmen mira inquieta la inclinación avivada del esposo a moverse en el ambiente político de conspiración que tanto les ha hecho sufrir. El interés apasionado por la patria amada viene otra vez a interponerse y a malograr el sueño del hogar feliz.

Martí ha traído a su padre, el pobre viejo enfermo, a vivir con él en Nueva York una temporada. El buen don Mariano se siente orgulloso de su hijo. Quizás habría querido verlo más dispuesto a afianzar el bienestar que ha conquistado con su talento; pero comprueba también que su hijo sigue, como siempre, el camino del sacrificio por el ideal de la patria. Vuelve tarde a casa, atareado en reuniones con emigrados, y son muchas las visitas que recibe de cubanos que hablan de Cuba libre y de conspiración.

Sí, hace unos meses Martí escribió al general Máximo Gómez y al general Antonio Maceo, que viven en Honduras con otros combatientes de la Guerra de los Diez Años. Los invitó a organizar una nueva etapa de lucha en la que se prepara, tanto en el interior como fuera de Cuba, una guerra “rápida y brillante”.

La respuesta que había recibido Martí no manifestaba entusiasmo. Gómez aconsejaba obrar con prudencia y cordura; prepararlo todo con calma, y esperar que las condiciones se tornaran más favorables.

No mordió en Martí el desaliento. Su tarea había de ser, mientras llegaba la hora, fijar ideales y preparar y captar voluntades. En *La América* y en *La Nación* escribe artículos en los que señala el deber y el trabajo más útil de los pueblos de América, a los que aún ha de unirse Cuba cuando conquiste su libertad; en conversaciones, en reu-niones con cubanos, en actos y en discursos, levanta la esperanza y el entusiasmo, y para él es toda la admiración y la confianza como líder.

Aquel agitado quehacer en el que Cuba es el motivo y la pasión, obliga a Martí a ausentarse de la casa en cuanto acaba su trabajo de escribir; y, cuando vuelve, el ánimo preocupado le da un aire de despego y ausencia. El hogar se resiente; el padre se duele de la agitada vida del hijo, y Carmen no puede soportar el desvío del esposo, arrebatado con “fanatismo incomprensible” por el amor a la patria. Primero deja don Mariano Nueva York y vuelve a Cuba; poco después regresa también Carmen con el hijo.

Como raíz de árbol, su amor a Cuba sujeta y mantiene en la tormenta el ánimo de Martí, y la raíz es poderosa y honda.

Al fin, después de dos años de indecisión, Máximo Gómez y Maceo llegan a Nueva York a tratar con los centros revolucionarios las condiciones de una acción organizada para llevar a Cuba expediciones equipadas y promover un gran alzamiento. Los acompaña el fiel veterano Flor Crombet, que había servido de intermediario en la preparación de las conversaciones.

En el mes de octubre del año 1884 se reúne Martí con Máximo Gómez y Maceo en la habitación de un hotel. Es la primera vez que se juntan estos tres hombres: los dos generales caudillos de la Guerra de 1868, y Martí,



hombre civil, presidente de la Asociación Cubana de Socorros; Máximo Gómez, enjuto, fuerte, bigote y perilla en el rostro agudo; Maceo, recio, testa bronceada, gesto sereno y hablar pausado.

Las deliberaciones comienzan en el tono cordial con que estos tres hombres sienten la misma pasión revolucionaria. Máximo Gómez ha propuesto condiciones que pondrían en manos del jefe del ejército la organización y la ejecución del movimiento, sin intervención civil. Martí disiente; no niega que sea preciso una disciplina militar de mando único, pero esa decisión unilateral, sin las deliberaciones y el acuerdo amplios, tiene el peligro de que así llegue a germinar la semilla del caudillismo, funesta en América.

La actitud adusta y un tanto imperativa del general tiene en sobresalto y alarma a Martí. Sin consultar más que con Maceo, decide enviar comisiones a París, México, Santo Domingo, Cayo Hueso, Jamaica..., para promover entre los núcleos de emigrados organizaciones políticas de ayuda. Una vez conseguida la preparación suficiente, él saldría en expedición con sus mejores lugartenientes desde Santo Domingo.

Aunque en bien del común propósito revolucionario Martí acepta aquellas decisiones, puede adivinarse en su gesto y en el tono de sus palabras cierta protesta que bulle en su ánimo por la forma y el procedimiento como se han tomado. En una de las sesiones, el general Gómez dispone que Martí acompañe a Maceo en la misión a México. Gómez es autoritario, y se siente molesto cuando Martí expone algunos reparos y algunas proposiciones para el viaje. El general, al punto que sale un momento del cuarto, le interrumpe brusco:

—Vea, Martí, límitese usted a lo que digan sus instrucciones, y en lo demás el general Maceo hará lo que deba hacer.

Aparentando serenidad ante aquellas frases desconsideradas, quedó Martí con Maceo. Cuando regresó Gómez, se despidió de ambos, afable, como siempre.

Maceo le dijo a Gómez:

—Este hombre, general, va disgustado con nosotros.

Dos días después Martí escribió una larga y enérgica carta a Máximo Gómez, en la que le expuso su criterio y su disconformidad con aquella actitud autoritaria que había adoptado.

Por encima del respeto y la simpatía personal que pueda inspirarle el general, está “mi determinación de no contribuir en un ápice, por amor ciego a una idea en que me está yendo la vida, a traer a mi tierra un régimen de despotismo personal, que sería más vergonzoso y funesto que el despotismo político que ahora soporta // (...) Un pueblo no se funda como un campamento. // (...) // ¿Cómo General, emprender misiones, atraerme afectos, aprovechar los que ya tengo (...) con esos miedos y dudas en el alma?—Desisto, pues, de todos los trabajos activos que había comenzado a echar sobre mis hombros.”[43](#)

Aquella carta hirió en lo profundo a Máximo Gómez, que sentía verdadera simpatía por Martí. Las relaciones entre los dos quedaron interrumpidas. Martí, como lo había dicho, renunció a la presidencia de la Asociación Cubana de Socorros y se apartó de aquel movimiento revolucionario que, a su juicio, no iba dirigido con el vigor ideal necesario.

Siguieron adelante los planes de Gómez y Maceo, pero el entusiasmo de las emigraciones comenzó a decaer. Múltiples dificultades se opusieron a la unión de las voluntades y a la obtención de los medios necesarios para organizar un movimiento fuerte. Contrariedades originadas sin duda por la equivocada táctica que había hecho retraerse a Martí, lo hicieron fracasar.

Martí se sintió herido de amarga decepción. Había además entre los emigrados quienes criticaban su retrainimiento y lo censuraban como si se tratara de una deserción. No habían podido entender que “se reconozca que en las cosas del país no hay más voluntad que la que exprese el país, ni ha de pensarse en más interés que en el suyo (...) // (...) es indispensable a la salud de la patria que alguien represente, sin vacilación y sin cobardía, los principios esenciales, de tendencia y de método que he creído yo ver en peligro.”[44](#)

---

- [42](#) Carta de José Martí a Bartolomé Mitre, en E., t. 1, p. 258.
- [43](#) Carta de José Martí a Máximo Gómez, en E., t. 1, pp. 280-282.
- [44](#) Carta a J. A. Lucena, en OC, t. 1, pp. 186-187.

## Retraimiento y vigilancia

*1885 a julio de 1889*

Se sintió solo y decepcionado. Mucha ilusión le habían tronchado la desavenencia con Gómez y el frustrado plan revolucionario. Desilusión había sentido, que no sorpresa; no estaba muy lejano el triste fin de la Guerra Chiquita, y ahora se deshacía este otro intento fracasado.

Martí está convencido de que es necesario aún una labor lenta y tenaz que trace caminos seguros y haga arraigar motivos ideales para que Cuba acepte con confianza y abrace con entusiasmo la revolución que ha de salvarla. Él no seguirá ya más planes de engañosas guerras fantásticas ni de vagas libertades. Permanecerá retraído, pero alerta y dispuesto a servir la causa de su patria en el momento preciso y con los medios necesarios preparados. Ha de ponerse “la tierra que se liberta en manos de sus hijos”.<sup>45</sup> “La patria necesita sacrificios. Es ara y no pedestal. Se la sirve, pero no se la toma para servirse de ella.”<sup>46</sup>

En todo ese tiempo lo habían absorbido atenciones y tareas activas de la empresa revolucionaria; pero no había dejado de atender los compromisos del otro trabajo que hacía para vivir y para servir.

Era un trabajador que vencía a la fatiga. Es asombroso lo que llegaba a escribir. Seguía enviando a *La Nación*, de Buenos Aires, admirables crónicas que ya habían afianzado su fama en todo el continente; escribía también en *La América* enjundiosos trabajos de sabios consejos y previsores ideales para la vida y el progreso de los países hispanoamericanos; para una revista de Nueva York escribió por encargo una novela: *Amistad funesta*, y la terminó en solo unos días; tradujo para la casa Appleton la novela *Called Back*, que se publicó con el título *Misterio*; enviaba colaboraciones a otros periódicos: *El Partido Liberal*, de México; *La República*, de Honduras; *La Opinión Pública*, de Montevideo... ¡Oh! sí, una brava labor; y aún pedía más y proyectaba más; y todo ello a flor del rescoldo ardoroso de la pasión y el ideal de la patria, que lo vivifica todo y lo dirige todo en su vida.

Dos años han pasado en ese retraimiento de continuo trabajo. De improviso, algo viene a conmoverlo en lo más hondo a comienzos de este año 1887: su padre ha muerto en La Habana el día 2 de febrero. Dolor profundo por el querido viejo. “Mi padre acaba de morir, y gran parte de mí con él. —le escribe a Fermín Valdés Domínguez— Tú no sabes cómo llegué a quererlo luego que conocí, bajo su humilde exterior, toda la entereza y hermosura de su alma.”[47](#)

La pena hondísima le aviva el ansia de ver a su madre. Quiere que venga a su lado, e insiste, aunque doña Leonor teme a un viaje tan largo en su vejez ya achacosa. Sí, ha de venir; la quiere tener junto a él; se echará encima otros trabajos para sufragar ese viaje. Y se hace cargo del consulado de Uruguay en Nueva York, y traduce la novela *Ramona*...

Con todo ese quehacer que se levanta sobre penas íntimas, su mirada está alerta: en Cuba la situación es confusa. Actúan allí aquellos que se satisfacen con aceptar la autonomía que España pueda conceder, y permanecen otros fieles a los ideales de independencia. ¿Acaso iba decayendo el ánimo de estos, cuando la Isla sigue siendo tratada como colonia sometida y explotada? Martí no duda: cualesquiera que sean las apariencias; cualesquiera que sean las actitudes interesadas de los autonomistas, el espíritu de protesta y de rebelión llegará a imponerse. Lo que hay que hacer es vigilar, denunciar y combatir la ilusión de la autonomía, y hay que prever, encauzar, dirigir para que no ocurran equivocaciones ni se manifiesten impacencias arriesgadas.

En los grupos de emigrados de Estados Unidos comenzaban a revivir el deseo y la impaciencia por organizar propósitos revolucionarios y por actuar. Martí tiene que predicar mucho para convencer y persuadir a todos de que no hay que dejarse llevar de precipitadas decisiones, y de que hay que preparar para la patria, con cuidadosas previsiones, una libertad “que sea digna de ella”.[48](#) Era preciso hacer la gran labor de “unir con espíritu democrático y en relaciones de igualdad, todas las emigraciones”.[49](#)

Por fin, ya bien entrado el invierno, doña Leonor ha llegado a Nueva York. Vive ahora, otra vez, en la pensión de Carmen Miyares, viuda de Mantilla. Allí encuentra doña Leonor ambiente y cariño de hogar. Martí ha hecho de aquella casa su refugio familiar, y las dos hijas de Carmen, las niñas

Carmita y María, son alegría para su corazón y consuelo de la ausencia de su “Ismaelillo”. Todo es también alegría y ternura para la buena viejita de Cuba.

No descuida Martí nada en el formidable empeño revolucionario al que ya le está marcando caminos claros y fines bien definidos. Bien atento está a la vida política de Cuba, que hace aumentar día a día el descontento, y firme prestigio se ha conquistado entre sus compatriotas de la emigración, que lo buscan para tener de él consejos, y lo siguen en sus trabajos para unir a todos los cubanos en un mismo ideal revolucionario y en un mismo afán. El propósito y el ideal son claros: acabar con la tiranía; fundar una sociedad reparadora, una república sincera y justa, con todos: cubanos y españoles, blancos y negros, “aplicando a la ley de la política la ley del amor”.[50](#)

Sí, su enorme tarea es esa de aconsejar, dirigir y aunar voluntades. En toda ocasión y en todo momento hará eso: en reuniones, en discursos, en cartas... Por su cuarto de trabajo, donde también despacha los asuntos del consulado de Uruguay, pasan muchas personas a verlo, a hablar con él, a oírle discurrir en su conversación sobre política, sobre arte, sobre lo que pasa en el mundo... Lo dicen todos: es seductor hablando. El poeta Tejera decía que quien no oyó a Martí en una conversación, no sabe “todo el poder de fascinación que cabe en la palabra humana”.[51](#)

Y no es ya solo su pasión por Cuba lo que lo mueve; el ánimo de aquel hombre se levanta en vuelo, y su visión abarca el destino de todos los países de América. No se detiene su previsión y su cuidado en su propia patria, sino que mira el porvenir de los pueblos del continente. Ya ha tenido que señalar más de una vez el peligro de las ambiciones rapaces del poderoso país del Norte sobre los pueblos demasiado confiados que hablan español. ¿No hay acaso anexionistas en su misma Cuba; gentes que han sido seducidas y quieren ver la Isla incluida en los Estados Unidos, como un trozo del suelo de la gran nación? ¿No ha publicado un periódico de Filadelfia, ante la posibilidad de que Estados Unidos compre la Isla, un artículo injurioso en el que se combate la idea de adquirirla, y se aduce como argumento la índole del cubano, inepto y perezoso, con “falta de fuerza viril y de respeto propio”...?[52](#)

¡Ah! espíritu injusto y mezquino. Martí se subleva y, para responder a la ofensa, publica en un gran diario de Nueva York una larga carta hermosa, digna y enérgica. Además de responder con poderosos argumentos a las injurias, dice en la carta que los cubanos “no desean la anexión de Cuba a los Estados Unidos. No la necesitan. Admiran esta nación, la más grande de cuantas erigió jamás la libertad; pero desconfían de los elementos funestos que, como gusanos en la sangre, han comenzado en esta República portentosa su obra de destrucción”.[53](#)

Y en su continua campaña para convencer a los partidarios de “Cuba para los Estados Unidos”, escribió más tarde, en momentos decisivos para la organización de la guerra:

¿Y a esta agitada jauría, de ricos contra pobres, de cristianos contra judíos, de blancos contra negros, de campesinos contra comerciantes, de occidentales y sudistas contra los del Este, de hombres voraces y destituidos contra todo lo que se niegue a su hambre, y a su sed; a este horno de iras, a estas fauces afiladas, a este cráter que ya humea, vendremos ya a traer, virgen y llena de frutos, la tierra de nuestro corazón?[54](#)

Es verdad que Martí era la voz poderosa de la dignidad de Cuba. Y todos los cubanos emigrados lo sabían y lo tenían a orgullo.

---

[45](#) Carta a J. A. Lucena, en OC, t. 1, p. 186.

[46](#) Carta a Ricardo Hernández Otero, en OC, t. 1, p. 196.

[47](#) Carta a Fermín Valdés Domínguez, en E., t. 1, p. 369.

[48](#) “Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868, en Masonic Temple, Nueva York”, en OC, t. 4, p. 226.

[49](#) Carta a Juan Arnao, en OC, t. 4, p. 214.

[50](#) “Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868, en Masonic Temple, Nueva York”, en OC, t. 4, p. 231.

[51](#) “José Martí (Esbozo)”, en Diego Vicente Tejera, Textos escogidos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981, p. 56.

[52](#) “¿Queremos a Cuba? Traducido de ‘The Manufacturer’, de Filadelfia,

del 16 de marzo”, en OC, t. 1, p. 233.

[53](#) “Vindicación de Cuba”, en OC, t. 1, pp. 236-237.

[54](#) “A la raíz”, en OC, t. 2, pp. 279-280.



## **El hombre de *La Edad de Oro* y el hombre de América**

*Julio a diciembre de 1889*

Dispuesta estaba su energía y alerta para el bien y el porvenir no solo de su patria, sino de la gran patria americana. ¡Qué formidables arrestos no tenía el ánimo de aquel hombre débil de cuerpo, viva llama de espíritu, desde su humilde rincón de la gran urbe!

Desde allí contemplaba el mundo; detenía su mirada en los pueblos de Hispanoamérica; estudiaba sus riquezas y el genio de sus hombres; preveía el horizonte de su porvenir, y era capaz no solo de entregarse ahora a prevenirlos y a enseñarles caminos de mejora y de prosperidad, sino que, aún más, se sentía dispuesto a poner sus brazos al servicio de las generaciones jóvenes; dispuesto a ayudar a los que crecen y suben, a los que había que preparar para el ejercicio de una vida digna. ¡Preceptor, desde allí, de todos los niños de América!

No, no tiene bastante con su trabajo; con todo aquello que ha de escribir en grandes hojas para periódicos de aquí y de allá que esperan sus largos artículos; aún pretende colaborar en otros más, y ahora no desaprovecha la ocasión de poder dirigir una revista para los niños. Un amigo brasileño, el señor A. Da Costa Gómez, proporciona los medios, y en este año de 1889, en el mes de julio, sale el primer número de *La Edad de Oro*, revista mensual dedicada a los niños de América.

¿Quién escribía *La Edad de Oro*? Nadie más que Martí la escribía. La revista era mensual. Llevaba dibujos de buenos dibujantes; pero cada mes tenía que preparar Martí las treinta y dos páginas de bastante texto que tenía la revista. ¿Cuándo podía escribir tanto y de tan diversos temas? No pensaba dejarla, sino continuar con ella; lo que quiere decir que se comprometía a escribir para llenar treinta y dos grandes páginas un mes tras otro, él solo, además de los artículos que tenía que enviar a diferentes países. Es una formidable tarea que parece imposible si no es en manos de

este hombre genial, para quien el trabajo de servir y la consagración de amor no tienen límite.

En el anuncio de la publicación de la revista hay estos párrafos escritos por Martí:

La empresa de *La Edad de Oro* desea poner en manos del niño de América un libro que le ocupe y regocije, le enseñe sin fatiga, le cuente en resumen pintoresco lo pasado y lo contemporáneo, le estimule a emplear por igual sus facultades mentales y físicas, a amar el sentimiento más que lo sentimental, a reemplazar la poesía enfermiza y retórica que está aún en boga, con aquella otra sana y útil que nace del conocimiento del mundo; a estudiar de preferencia las leyes, agentes e historia de la tierra donde ha de trabajar por la gloria de su nombre y las necesidades del sustento.

Cada número contendrá en lectura que interese como un cuento, artículos que sean verdaderos resúmenes de ciencias, industrias, artes, historia y literatura, junto con artículos de viajes, biografías, descripciones de juegos y de costumbres, fábulas y versos. Los temas escogidos serán siempre tales que, por mucha doctrina que lleven en sí, no parezca que la llevan, ni alarmen al lector de pocos años con el título científico ni con el lenguaje aparatoso.[55](#)

En cartas que escribía entonces a sus amigos, decía, refiriéndose a la revista:

...entro en esta empresa con mucha fe, y como cosa seria y útil, a la que la humildad de la forma no quita cierta importancia de pensamiento; (...) Verá por la circular, que lleva pensamiento hondo y ya que me la echo auestas, que no es poco peso, ha de ser para que ayude a lo que quisiera yo ayudar, que es a llenar nuestras tierras de hombres originales, criados para ser felices en la tierra en que viven, y vivir conforme a ella, sin divorciarse de ella, ni vivir infecundamente en ella, como ciudadanos retóricos, o extranjeros desdeñosos nacidos por castigo en esta otra parte del mundo. (...) A nuestros niños los hemos de criar para hombres de su tiempo, y hombres de América.—Si no hubiera tenido a mis ojos esta dignidad, yo no habría entrado en esta empresa.[56](#)

Encariñado y entusiasmado estaba Martí con su obra; pero quien patrocinaba la revista, quien proporcionaba los medios para que se publicara, pretendió violentar y torcer las ideas que era justo y conveniente mantener en ella, y Martí no se avino, y se negó; y la revista dejó de publicarse. Solo salieron cuatro números: los de los meses de julio, agosto, septiembre y octubre de aquel año de 1889.

Pasaron los años y, en el 1905, el amigo y discípulo predilecto de Martí, Gonzalo de Quesada y Aróstegui, reunió los cuatro números de la revista y los publicó en un libro. Es el libro *La Edad de Oro*, del que se han hecho después ediciones en Cuba y en otros países. Fue muy buena idea la de reunir aquellos escritos, pues así tienen nuestros niños y nuestros jóvenes un libro hermosísimo, el mejor que se haya escrito nunca para ellos en lengua española. No debería haber muchacho o muchacha cubanos, e hispanoamericanos en general, que no tuvieran *La Edad de Oro* siempre al alcance de sus ojos y de su corazón.

No, no se abandona Martí ni da por cumplida su jornada con el trabajo de *La Edad de Oro*; eso es tan solo un alivio y como un consuelo de esperanza. La honda preocupación y el campo de la gran lucha están en los afanes que los días traen. El 10 de Octubre, como todos los años, es día de conmemoración; su día de discurso a los cubanos, que él aprovecha para persuadir a los ánimos indecisos o equivocados, y para unirlos a todos y prepararlos para la nueva guerra que habrá de desatarse “definitiva e invencible”.

Su afán primordial está en velar por los buenos caminos de la organización del movimiento revolucionario que ha de hacer libre a Cuba; pero además, ahora, en los meses en que hace los números de su revista para los niños, se ha organizado una Conferencia de naciones americanas, que se reúnen en Washington en el mes de octubre.

Cerca de seis meses duran los trabajos y deliberaciones de esa Conferencia, que es para Martí motivo de preocupación hondísima. Su patria no puede estar allí representada, en el concierto de naciones libres, y las demás quizás sean demasiado ingenuas y confiadas para no advertir el peligro en que están de verse envueltas en las intenciones dominadoras del ambicioso país

del Norte. Allí, en el escudo que presidía las sesiones, se destacaba el águila altanera que “apretaba en sus garras los pabellones todos de la América”.[57](#)

Ya había él previsto y sentía como nadie el peligro de la codicia imperialista del Norte sobre los países de Iberoamérica, y sobre Cuba, todavía sometida a la ruina de otro imperio. En una de sus crónicas a *La Nación*, decía, comentando la Conferencia:

De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.[58](#)

¡Y él no podía estar en aquel Congreso, y no podía su voz servir de alarma y de defensa! No podía hacer más que vigilar desde fuera, informado cabalmente de cuanto pasaba, por Gonzalo de Quesada, el joven cubano que fue desde entonces como su hijo espiritual, y que trabajaba en la Conferencia como secretario del delegado argentino.

Mas aún pudo complacerse en ayudar algo con la influencia de su pensamiento. En una de las visitas que hicieron a Nueva York todos los delegados, fueron obsequiados con una fiesta por la Sociedad Literaria Hispanoamericana, y el presidente de la sociedad hizo la presentación, para hablar, de José Martí, “nuestro orador predilecto”.

A la imaginación le es difícil concebir un discurso tan hermoso y tan noble como aquel de aquella noche. Una pintura viva, brillante y nunca vista con tan briosos rasgos, del nacimiento y la formación de las dos Américas: la del Norte, y la de los pueblos que hablan español. Nunca se oyó tan bella y cálida exaltación de las virtudes que se amasaron en el crisol de la lucha por la libertad de las tierras americanas. ¡Discurso hermosísimo! ¡Generosa y noble evocación! Y en él, como amoroso latido filial, aquella fiel y emocionante confesión:

Pero por grande que esta tierra sea, y por ungida que esté para los hombres libres de la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es

más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez.<sup>[59](#)</sup>

---

<sup>[55](#)</sup> “Nota preliminar a La Edad de Oro”, en OC, t. 18, pp. 295-296.

<sup>[56](#)</sup> Carta a Manuel Mercado, en OC, t. 20, pp. 146-147.

<sup>[57](#)</sup> “Prólogo a Versos sencillos”, en OCEC, t. 14, p. 297.

<sup>[58](#)</sup> “Congreso Internacional de Washington”, en OC, t. 6, p. 46.

<sup>[59](#)</sup> “Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, el 19 de diciembre de 1889, a la que asistieron los delegados a la Conferencia Internacional Americana”, en OC, t. 6, p. 134.

## Poeta, maestro, líder revolucionario

*Diciembre de 1889 a octubre de 1891*

La preocupación y la angustia de aquel invierno en que transcurrió la Conferencia Internacional Americana sin que él pudiera intervenir en ella, quebrantaron la ya débil salud de Martí, y el médico “le echó al monte”. Un tiempo breve va a pasar entre pinos no por temor de ir “saliendo de la vida —según le escribe a un amigo—, sino de verme sin fuerza para los muchos quehaceres que nuestra tierra está a punto de echarnos sobre los hombros”.[60](#)

En su retiro del campo escribe versos. El ánimo brevemente sosegado se le hunde en el consuelo de gozo y amargura del recuerdo. Treinta y seis años tiene. Su vida y los latidos más entrañables de su corazón en ella, van quedando en las breves y escuetas composiciones de sus *Versos sencillos*. No hay en ellos sino pensamiento y sentimiento puros, limpios del adorno retórico a que tendía la propensión romántica de la época. Y en ellos queda la intimidad sincera y esencial de clara y bella sencillez. Aquellos versos sencillos salieron a ganar méritos y virtudes para la poesía, viciosa de afeites y de insinceridad; versos sencillos que leen hoy y recitan emocionados niños y grandes en la patria del poeta.

*Con los pobres de la tierra  
Quiero yo mi suerte echar:  
\*\*\**

*Para Aragón, en España,  
Tengo yo en mi corazón  
\*\*\**

*Estimo a quien de un revés  
Echa por tierra a un tirano:  
Lo estimo, si es un cubano;  
Lo estimo, si aragonés.  
\*\*\**

*Yo soy un hombre sincero  
\*\*\**

*Quiero, a la sombra de un ala,  
Contar este cuento en flor:*

\*\*\*

*Yo quiero, cuando me muera,  
Sin patria, pero sin amo,*

\*\*\*

*Cuando al peso de la cruz  
El hombre morir resuelve,  
Sale a hacer bien, lo hace, y vuelve  
Como de un baño de luz.*

\*\*\*

*¡Yo soy bueno, y como bueno  
Moriré de cara al sol!*

\*\*\*

*¡La esclavitud de los hombres  
Es la gran pena del mundo!*

\*\*\*

*Hay baile; vamos a ver  
La bailarina española.*

\*\*\*

*Y para el cruel que me arranca  
El corazón con que vivo,  
Cardo ni oruga cultivo:  
Cultivo la rosa blanca.*

\*\*\*

*Tiene el leopardo un abrigo  
En su monte seco y pardo:  
Yo tengo más que el leopardo,  
Porque tengo un buen amigo.*[61](#)

Fue breve su retiro en el campo. No podía estar allí tranquilo mucho tiempo. Le empujaban las obligaciones de su trabajo y el deber, que era el norte y el motivo de su vida. Él no pudo descansar nunca. Hay seres a quienes el descanso los desazona y apesadumbra.

Regresó pronto a Nueva York. Tenía allí mucho que trabajar y no pocas situaciones a que hacer frente: sus crónicas para los periódicos, la atención

al consulado de Uruguay, su madre decidió regresar a Cuba, el entusiasmo un tanto decaído de los grupos de emigrados, su trabajo de profesor de español en una escuela municipal nocturna...

Además, un grupo de compatriotas negros acaba de fundar La Liga, sociedad de protección y de instrucción, de ayuda a esos humildes hombres trabajadores que allí viven desatendidos y pobres. Martí se entrega. Son hombres de piel negra, sufridos, a los que la revolución ha de redimir; con ellos y para ellos hay también que hacer la guerra, y a ellos va el corazón humano y justo. Martí es socio fundador de La Liga, y es presidente honorario, y lleva allí a sus amigos para que sean maestros, y es maestro él mismo.

Por las noches los trabajadores negros lo esperan. Va a llegar. Hay en todos una expectación emocionada. Y el maestro llega. Viene de la escuela municipal nocturna. Todos van a ayudarlo, a tomarle el abrigo y los libros, y a sentarse ante él, respetuosos y atentos.

Y ¡qué sugestivo maestro! Su procedimiento clave es la conversación, el diálogo. Responde a cuantas preguntas se le hacen; pregunta él mismo, y explica, y su palabra es pausada y es clara y es sabia. Todo sale a relucir allí, unidas las cosas de los libros y las de la vida y las de la historia y las de la moral y las de la política...

¡Y las clases de español! ¿Qué recursos no tendría él, que era artista como nadie del idioma y le conocía como nadie los secretos y la energía que lo mueve y lo crea? “Dan ganas—decía un alumno—de cometer faltas por el solo gusto de oírse las corregir.”

Los negros cubanos y puertorriqueños que se agrupan en La Liga lo veneran. Es el Maestro. Y el Maestro admirado y respetado es también para la generalidad de los demás emigrados que viven en Nueva York. ¿Cómo no respetar y querer a aquel hombre de vida modesta, de vida de trabajo, de generosidad y de excepcional inteligencia que todos reconocen? ¿Cómo no sentir orgullo de aquel hombre de Cuba, admirado por su talento y su noble vida en toda América? ¿Quién que haya sido distinguido como él? En un país, en San Salvador, se le ha nombrado corresponsal de la Academia de Ciencias y Bellas Artes; es representante en Estados Unidos y en Canadá de



la Asociación de la Prensa de Buenos Aires; es corresponsal de la Sociedad de Amigos del Saber de Caracas; así como Uruguay, la República Argentina y Paraguay lo han nombrado cónsul de esos países en Nueva York; Uruguay lo designa su representante en la Comisión Monetaria Internacional de Washington, en la que Martí interviene con un soberbio informe... Sí, es el Maestro; el hombre de Cuba y de América. Así lo consideran con reverencia y orgullo los cubanos buenos de la emigración.

Ha llegado el momento para Martí de actuar ya a fondo en la etapa definitiva del destino de Cuba. De la Isla se sabe que cunden el descontento y el malestar. La política de España sigue siendo torpe y represiva, y se ha agravado, y hay muchos ánimos soliviantados. Hay que actuar ya sin demora para crear un ambiente firme y amplio de rebelión, que evite el que allá surjan brotes impacientes o desesperados que, sin preparación, se lancen a una lucha desordenada que lleve a otro fracaso más.

Ha llegado el momento. Ocho años lleva de lenta y continua labor para afianzar su prestigio e infundir confianza; años de prédica para fijar en el ánimo de todos la convicción de que es preciso crear condiciones y medios necesarios para llevar a cabo una guerra “corta y justa y de beneficios duraderos”,<sup>62</sup> que conduzca al seguro triunfo; años de propagar ideales y fines de la patria libre, que ha de ser “dicha de todos, y dolor de todos, y cielo para todos”<sup>63</sup>... y en que “Todo lo de la patria es propiedad común, y objeto libre e inalienable de la acción y el pensamiento de todo el que haya nacido en Cuba”.<sup>64</sup> Ahora hay que abrir el camino a la última etapa; el afán ahora es atraer, unir, unificar, fundar...; hay que organizar y establecer el firme clima de rebelión, dentro y fuera del país, y la preparación eficaz de la ayuda necesaria a los luchadores. A eso va de lleno su poderosa capacidad revolucionaria.

Todas las ocasiones son buenas: en las sesiones del club Los Independientes; en las conmemoraciones del 10 de Octubre que se celebran todos los años; en la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York, de la que ha llegado a ser presidente... En todos sus discursos enardece los ánimos para la empresa guerrera que ya se dispone a abrir la marcha.

Venimos —como dice en uno de ellos— a caballo como el año pasado, a anunciar (...) que no es la hora todavía de soltarle el freno a la cabalgadura,

pero que la cincha se la hemos puesto ya, y la venda se la hemos quitado ya, y la silla se la vamos a poner, y los jinetes... ¡los corazones están llenos de jinetes![65](#)

Ya terminaron sus preocupaciones, sus cuidados y trabajos en la Comisión Monetaria Internacional. Tiene ya “hinchada la mano, de tanto escribir”.[66](#) Él mismo lo dice. Y la pluma y la palabra que han sido siempre en él poderosas armas, ya no le van a bastar solas para lo que tiene que acometer sin tardar. ¿La prédica? Sí, pero a caballo y en busca de los jinetes que aguardan impacientes en los corazones. Así se le ve en el ímpetu de sus discursos últimos.

Esos ardorosos discursos, como toda su valiente propaganda revolucionaria, han suscitado por parte de España una protesta contra él, como cónsul de la Argentina, que es nación amiga. Para que de ello no se derive disgusto alguno entre los dos países, Martí renuncia inmediatamente a ese cargo, y renuncia también al de cónsul de Uruguay y de Paraguay. Tampoco quiere continuar en la presidencia de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, en la que también se han dicho censuras. Ningún cargo: “no quiero preeminencias para mí, sino felicidad para mi patria”.[67](#) Unos meses antes ha dejado de mandar sus crónicas a *La Nación*... Ninguna atadura; ningún compromiso; ya se siente libre, despejado el campo para la gran campaña de organizar el paso seguro de la revolución.

---

[60](#) Carta a Juan Bonilla, en OC, t. 1, p. 261.

[61](#) Véase Versos sencillos, en OCEC, t. 14, pp. 295-353.

[62](#) “Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868, en Hardman Hall, Nueva York, 1890”, en OC, t. 4, p. 249.

[63](#) “Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868, en Hardman Hall, Nueva York, 1889”, en OC, t. 4, p. 239.

[64](#) Ídem.

[65](#) “Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868, en Hardman Hall, Nueva York, 1891”, en OC, t. 4, p. 259.

[66](#) Carta a Gonzalo de Quesada, en OC, t. 6, p. 181.

[67](#) Carta a José Dolores Poyo, en OC, t. 2, p. 426.

## **Tampa y Cayo Hueso, El Partido Revolucionario Cubano**

*Noviembre de 1891 a junio de 1892*

Ya está su vida sin ancla ni amarras. Todas las ha soltado. En el alma llevará el hondo pesar de todo aquello de que se desprende, ¡tan querido! —familia y trabajos—; pero le apasiona sentirse desde ahora con la vida dispuesta por entero al servicio de su patria.

Tiene Martí 38 años; una madurez de brava jornada de labor preclara en senda dolorosa, que ha ido como consumiéndolo día a día en puro espíritu. Asoma su intimidad fervorosa al rostro pálido y enjuto de señalados pómulos, a los ojos melancólicos, a la luz de la frente anchísima, a la velada sonrisa, al gesto de serenidad apostólica. De complexión débil, minada de fatiga y dolor, el ánimo ardoroso lo sostiene y lo lleva como empujado por poderosa e inagotable energía.

Estaba decidido. Buscaría ocasiones, o tendría que forzarlas, para captar hombres y juntarlos en un común ideal de sacrificio... Mas, de improviso, la ocasión le salió al paso. Su prestigio personal, la fama de su noble y valiente actitud política se habían extendido. Allá, en el sur de los Estados Unidos, en tierras de la Florida, bullían grupos de trabajadores cubanos, comunidades como Tampa y Cayo Hueso formadas en gran parte por emigrados en los que se mantenía vivo el ideal separatista. Barrios enteros de Tampa habían sido levantados por trabajadores tabaqueros que de Cuba llegaron a plantar allí sus casas y a vivir del trabajo honrado. En Tampa funcionaba el club “Ignacio Agramonte”, presidido por Néstor L. Carbonell, y el club “Ignacio Agramonte” había decidido invitar a Martí a una gran fiesta organizada a beneficio de la institución.

Martí acepta jubiloso la invitación. Con el alma henchida de gozo acepta. Es la gran ocasión; la más preciada. Son obreros, son trabajadores humildes aquellos a quienes va a tender la mano, a quienes se va a entregar en la común ansia patriótica. Son los pobres, con los que va su corazón, los

“héroes de la miseria”; son los obreros, los leales revolucionarios que tienen la vida tejida de motivos de redención y justicia.

A medianoche del 25 de noviembre de este año 1891, llega Martí a Tampa. Bajo una lluvia torrencial lo esperan en el apeadero muchos hombres que lo reciben con abrazos y apretones de manos.

Al día siguiente bulle en la ciudad la expectación curiosa. De Cayo Hueso ha llegado un taquígrafo.

Por la noche colma como nunca el público el Liceo Cubano. Ramón Rivera hace la presentación del orador, que se recibe con una estruendosa ovación. Martí se adelanta al proscenio del pequeño escenario. Rompe el silencio la voz templada y lenta: “Para Cuba que sufre, la primera palabra. De altar se ha de tomar a Cuba, para ofrendarle nuestra vida, y no de pedestal, para levantarnos sobre ella.”[68](#)

Los corazones iban en vuelo con aquella voz y aquel acento emocionados. La patria se levantaba allí, ante el deber de todos de defenderla y salvarla. Y la noble voz anunciaba el porvenir glorioso:

yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre (...) A quien crea que falta a los cubanos coraje y capacidad para vivir por sí en la tierra creada por su valor, le decimos: ¡Mienten! (...) Las palmas son novias y esperan: y hemos de poner la justicia tan alta como las palmas! (...) ¡Ahora, a formar filas! (...) cerrémosle el paso a la república que no venga preparada por medios dignos del decoro del hombre, para el bien y la prosperidad de todos los cubanos! ¡De todos los cubanos! (...) pongamos alrededor de la estrella, en la bandera nueva, esta fórmula del amor triunfante: “Con todos y para el bien de todos”.[69](#)

El largo, fervoroso y sabio discurso levanta clamorosos entusiasmos, abrazos, vivas y lágrimas de gozosa emoción...

El día siguiente es el 27 de Noviembre, aniversario del fusilamiento de los estudiantes de Medicina. Martí pasa el día “atareado de creación” para unir a todos. La Liga Patriótica Cubana acoge con orgullo al “hermano Martí”.

En la casa de Cornelio Brito, un trabajador negro, funda la Liga de Instrucción, semejante a la de Nueva York. Formula las resoluciones de una acción revolucionaria común de todos los organismos locales, resoluciones que son como antecedentes directos de lo que habrán de ser luego las Bases del Partido Revolucionario Cubano.

Por la noche fue Martí, naturalmente, el orador en el acto del Liceo Cubano. Aquella adhesión afectuosa y entusiasta que le mostraba la emigración de Tampa debió de levantar en su ánimo auroras de optimismo. La evocación y el dolor de los hermanos muertos iba a ser sublimada en generosos acentos de amor y en visiones de consoladora esperanza. No era “de cubanos vivir, como el chacal en la jaula, dándole vueltas al odio!”<sup>70</sup> Había que cantar

ante la tumba inolvidable, el himno de la vida. Ayer lo oí a la misma tierra, cuando venía, por la tarde hosca, a este pueblo fiel. Era el paisaje húmedo y negruzco (...) y en lo alto de las nubes desgarradas, un pino, desafiando la tempestad, erguía entero su copa. Rompió de pronto el sol sobre un claro del bosque, y allí, al centelleo de la luz súbita, vi por sobre la yerba amarillenta erguirse, en torno al tronco negro de los pinos caídos, los racimos gozosos de los pinos nuevos: ¡Eso somos nosotros: pinos nuevos!<sup>71</sup>

La noche siguiente es en Tampa de júbilo y fiesta para agasajar a Martí con un gran acto de despedida. Otra vez en el Liceo, centenares de personas le manifiestan su adhesión con saludos y banderas y vivas entusiastas... Centenares de personas lo acompañan luego a la estación del ferrocarril en manifestación de alegría y cariño.

Martí parte para Nueva York. Siente el cuerpo fatigado, pero en el ánimo lleva la firme confianza y el inmenso entusiasmo.

¡Tampa! ¡Ah, Tampa cubana, Tampa generosa y cordial! Pero allá en el Sur está también Cayo Hueso, ciudad levantada por cubanos, ciudad de trabajadores fundada por ellos, allí “donde los Estados Unidos no tenían antes más que unas cuantas casuchas en un islote desierto”.<sup>72</sup>

En Cayo Hueso supieron de la visita de Martí a Tampa. En Cayo Hueso había viejos luchadores que guardaban con disgusto el recuerdo de aquel

plan Gómez-Maceo que creyeron abortado por Martí; pero había otras gentes, entre ellas jóvenes apasionados, que lo oyeron en Tampa y ardían en deseos de traerlo al Cayo. Alguna alusión ha hecho el periódico *El Yara*, que dirige José Dolores Poyo, y al fin ha podido formarse un comité de gente joven trabajadora que se ha encargado de preparar y hacer la invitación.

Martí pasa por Tampa el día de Nochebuena; un mes hace que estuvo allí. Ahora va de paso para Cayo Hueso. El día de Navidad arriba en un pequeño vapor al Cayo, donde se le recibe con alegría de banderas y música. Van con él amigos de Tampa que lo acompañan. Ya en tierra, abraza a conocidos y a compañeros, y la emoción se le ve en los ojos.

Cuando en el hotel dijo su hermosa salutación al grupo que lo acompañó, ya se le veía en el rostro demacrado y en los ojos febriles que se sentía enfermo. Por la noche se mantuvo sufriendo en pie, con gran esfuerzo, y habló varias veces en el banquete que se le ofreció. Allí, hasta los que guardaban restos de desconfianza se sintieron conmovidos.

Varios días tiene que guardar cama. Cuando se lo permite su estado recibe la visita de personas adictas y de personas que aún sienten recelos: José Dolores Poyo, Lamadriz, Figueredo... Habla con todos; expone proyectos, pide consejos, alaba lo ya hecho...; nadie escapa al poder de su sinceridad y de su irresistible modo de persuadir. En su cuarto de enfermo olvidan unos y otros sus diferencias, sus enemistades, y se abrazan y juntan para la obra común.

Ya repuesto, vuelve a su quehacer. Tres días seguidos de discursos que atraen y conquistan, hermosos y emocionantes: en el Círculo Cubano de San Carlos, en el club Patria y Libertad, en las manufacturas de tabacos... Todos se sienten ganados por aquella arrebatadora elocuencia.

Días de ininterrumpido trabajo. La Convención Cubana, una especie de logia patriótica, ha admitido a Martí en su seno. La Convención Cubana ha discutido las Resoluciones de Tampa y ha aprobado las Bases del Partido Revolucionario Cubano que Martí mismo acaba de redactar. También se delega en él para que redacte los Estatutos Secretos del Partido.

El artículo primero de las Bases del Partido Revolucionario Cubano, dice así: “El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico.”[73](#)

El Partido Revolucionario Cubano es la agrupación “de los que aspiran — escribió después Martí— a crear una nación ancha y generosa, fundada en el trabajo y la equidad”.[74](#)

De paso por Tampa, la Liga Patriótica Cubana aprueba las bases y estatutos del Partido Revolucionario Cubano. En este viaje de regreso a Nueva York, el alma se le colma con el gozo de imaginar fundidos aquellos dos firmes baluartes libertadores: Tampa y Cayo Hueso.

Había que decir en Nueva York a los emigrados el fervor revolucionario levantado allá en el Sur, y así habría que promoverlo también en las grandes ciudades, donde los ánimos no estaban en general tan bien dispuestos ni eran todos tan fieles. No faltaban los recelosos, ni los malintencionados y soberbios que ponían en duda la sinceridad y las rectas intenciones de Martí; pero los más son almas nobles que saben apreciar su sacrificio, y en su admiración y su fe se estrellan las insidias personales y las críticas que aventura algún periódico.

A la semana de su llegada a Nueva York, en el conmovedor y preclaro discurso de *Hardman Hall*, evoca Martí ante los emigrados la decidida actitud patriótica de los cubanos de Tampa y Cayo Hueso, y rinde el merecido elogio a aquella firme disposición revolucionaria. El ejemplo y el llamamiento ardoroso son decisivos; hasta los menos apasionados se apasionan; hasta los más esquivos se entregan.

Reviven y surgen enseguida los clubs; se organizan unos y nacen otros aquí y allá. La labor va preparando una prometedora cosecha. Hay que sostener vivos esos brotes decididos; hay que mantenerlos unidos y dirigirlos todos con un mismo ideal y con esfuerzos concentrados. Para ello Martí se sobrepone a la fatiga y funda el periódico *Patria*. Le ayudan a hacerlo, con otros cubanos, Quesada, Benjamín Guerra, Abelardo Agramonte, y está también con ellos el puertorriqueño Sotero Figueroa.



El periódico nace “por la voluntad y con los recursos de los cubanos y puertorriqueños independientes de Nueva York, para contribuir, sin premura y sin descanso, a la organización de los hombres libres de Cuba y Puerto Rico...”[75](#)

Martí escribe la mayor parte y lo de más importancia del semanario. Van en él la ideología de la patria libre y los medios y fines de la revolución; “sus ideas van expuestas en las bases del Partido Revolucionario Cubano, que acata y mantiene...”[76](#)

Los artículos que Martí escribe en *Patria* dicen a todos, bien claro, cuál es el contenido político y social de la revolución a que aspira. La lucha por la independencia no es un fin, sino un medio; hay que hacer saltar el régimen colonial para organizar la revolución. Ricos y elocuentes son esos artículos de *Patria*. Con su discreción y su tacto característicos los escribe Martí, pero no deja de apuntar en ellos ideas y propósitos claramente revolucionarios. En ellos se lee esto, por ejemplo, tomado aquí y allá:

La guerra no es contra el español, sino contra la codicia e incapacidad de España...[77](#) Nada menos que enemigo de Cuba sería quien pretendiese levantar una valla funesta entre cubanos y españoles...[78](#) ¡no será, no, de españoles contra cubanos la guerra nueva, sino de amigos de la libertad contra sus enemigos![79](#)

Todo lo que divide a los hombres, todo lo que los especifica, aparta o acorralla, es un pecado contra la humanidad (...) La paz pide los derechos comunes de la naturaleza: los derechos diferenciales, contrarios a la naturaleza, son enemigos de la paz. El blanco que se aísla, aísla al negro. El negro que se aísla, provoca aislarse al blanco (...) Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro (...) Los hombres verdaderos, negros o blancos, se tratarán con lealtad y ternura, por el gusto del mérito, y el orgullo de todo lo que honre la tierra en que nacimos, negro o blanco.[80](#)

Independencia es una cosa, y revolución otra...[81](#) A la raíz va el hombre verdadero. Radical no es más que eso: el que va a las raíces.

No se llame radical quien no vea las cosas en su fondo. Ni hombre, quien no ayude a la seguridad y dicha de los demás hombres.[82](#)

[Aquí estamos] los que no nos sentimos hombres mientras veamos un solo hombre infeliz, los que no queremos injusticia, ni desequilibrio ni preocupación ni tiranía en la independencia de nuestra patria...[83](#) Aquí están, trabajando incesantes por la guerra que ha de hacer con la deposición de todas las ambiciones, y con la invencible alma popular, para que Cuba sea por fin un pueblo de su época, y patria de justicia, donde la libertad quede segura con el ejercicio pleno de ella por todos los hombres, y con la súbita y grandiosa emancipación de las fuentes sujetas del trabajo...[84](#)

¡A la obra, todos a la vez, y tendremos casa limpia! ¡A la obra todos de una vez, y nos repartiremos en paz lo que hoy se llevan los pícaros y las necesidades del despotismo que nos gobierna![85](#) ...Ancha es la tierra en Cuba inculta, y clara es la justicia de abrirla a quien la emplee, y esquivarla de quien no la haya de usar; y con buen sistema de tierras, fácil en la iniciación de un país sobrante, Cuba tendrá casa para mucho hombre bueno, equilibrio para los problemas sociales, y raíz para una República que, más que de disputas y de nombres, debe ser de empresa y de trabajo...[86](#) Cuba debe redimirse, de una vez para siempre, de la vida de inseguridad y desconfianza que impide la concordia de los hombres y el trabajo de la riqueza de su suelo maravilloso.[87](#)

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder,—mero fortín de la Roma americana;—y si libres—y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora—serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio—por desdicha, feudal ya, repartido en secciones hostiles—hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la

posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.<sup>88</sup>

¡Buena labor! Entre la siembra fecunda de *Patria* y las cartas de Martí a los compañeros del Sur, todo está dispuesto en pocas semanas, y el día 8 de abril de este año de 1892, los clubs de emigrados eligen a Martí delegado del Partido; a Benjamín J. Guerra, tesorero, y Martí designa como secretario a su discípulo Gonzalo de Quesada. “A una misma hora, el día 10 de abril, se pusieron en pie todas las asociaciones cubanas y puertorriqueñas que mantienen fuera de Cuba y Puerto Rico la independencia de las Antillas, y todas proclamaron constituido por la voluntad popular, y completo por la elección de los funcionarios que establece, el Partido Revolucionario Cubano.”<sup>89</sup>

Martí está agotado y enfermo. Continúan las intrigas; arrecian las calumnias que lanzan desde Cuba las autoridades, alarmadas por el carácter y el vuelo que toma la organización revolucionaria exterior; pero Martí, desde su cama de enfermo, siente el profundo gozo de ver la siembra ya nacida y prometedora de acciones vigorosas e intrépidas.

Ahora sí que ¡la revolución está en marcha!

---

<sup>68</sup> “Discurso en el Liceo cubano”, Tampa, 1891, en OC, t. 4, p. 269.

<sup>69</sup> Idem., pp. 269-279.

<sup>70</sup> “Discurso en conmemoración del 27 de noviembre de 1871, en Tampa”, 1891, en OC, t. 4, p. 284.

<sup>71</sup> Ibídem., p. 286.

<sup>72</sup> “Vindicación de Cuba”, en OC, t. 1, p. 236.

<sup>73</sup> “Bases del Partido Revolucionario Cubano”, en OC, t. 1, p. 279.

<sup>74</sup> “Los cubanos de Jamaica en el Partido Revolucionario”, en OC, t. 2, p. 21.

<sup>75</sup> “Nuestras ideas”, en OC, t. 1, p. 315.

<sup>76</sup> “Patria”, en OC, t. 1, p. 323.

<sup>77</sup> “Nuestras ideas”, en OC, t. 1, p. 321.

- [78](#) “La Meschianza”, en OC, t. 2, p. 171.
- [79](#) “Roloff en Tampa”, en OC, t. 2, p. 27.
- [80](#) “Mi raza”, en OC, t. 2, pp. 298, 299.
- [81](#) “Política insuficiente”, en OC, t. 2, p. 189.
- [82](#) “A la raíz”, en OC, t. 2, p. 380.
- [83](#) “Hora suprema”, en OC, t. 2, p. 250.
- [84](#) “El alzamiento y las emigraciones”, en OC, t. 2, pp. 434, 435.
- [85](#) “El día de la patria”, en OC, t. 2, p. 282.
- [86](#) “El Partido Revolucionario a Cuba”, en OC, t. 2, p. 346.
- [87](#) “Circular a los jefes”, en OC, t. 4, p. 137.
- [88](#) “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano”, en OC, t. 3, p. 142.
- [89](#) “La proclamación del Partido Revolucionario Cubano el 10 de abril”, en OC, t. 1, p. 387.

## **El gran aliento revolucionario**

*Junio de 1892 a enero de 1894*

Con energías físicas empobrecidas y salud débil e insegura, es impresionante la acción que Martí se dispone a emprender ahora. Toda su vida se resume y se agolpa en esa acción. Sus sufrimientos, sus ilusiones, sus trabajos de altísimos méritos, su labor preclara y esforzada de años, han sido como preparación y camino para la suprema lucha revolucionaria que fue siempre su norte y su pasión.

Ahora está en pie, en su medio propio; pilar es de fe en la patria y en el sacrificio; guía seguro y ejemplar. Es increíble la actividad de que es capaz. No parece sino que vaya consumiendo algo de su vida en cada paso y que corra contento de entregarla poco a poco para que nazca al fin la libre patria de sus sueños.

Tiene que mantener vivo el fervor levantado y hay que asegurar la unión sólida de todos los grupos de emigrados. Es esa, además, función suya como delegado del Partido.

Todavía enfermo, salta al Sur, a recorrer los lugares donde hay núcleos de cubanos. Primero, a Tampa; de allí, a Cayo Hueso, a Ocala, Jacksonville... En Ocala, donde da una conferencia en inglés a norteamericanos, ha de prestarle un compañero, para aquella ocasión, una levita menos raída que la que lleva. Regresa a Nueva York, va a Filadelfia donde se organiza algún club..., viaja, escribe cartas aconsejando y previniendo, escribe para el periódico *Patria*, va y viene, trabaja como montado en un relámpago. Las normas y recomendaciones que envía a los presidentes de los clubes para la conveniente organización y el más eficaz trabajo, son un modelo de previsión y de talento de líder. El genio revolucionario de Martí salta ahí preciso y admirable.

Entre otras cosas hay que cuidar especialmente de las condiciones en el interior de Cuba. La guerra ha de surgir allí, no como aisladas rebeliones, sino como voluntad rebelde de todo el país. Precisa establecer firmes contactos con los conspiradores que allí se preparan. En un viaje al Cayo

envía Martí a Cuba, como comisionado para esa difícil misión, al comandante Gerardo Castellanos. El enviado va con instrucciones precisas sobre las personas a quienes ha de dirigirse en las distintas regiones, y sobre el modo de captarlas para una colaboración decidida con los planes del Partido. Desde el Cayo es también posible mantener relación con el fiel compañero de pasadas luchas, el inteligente y noble Juan Gualberto Gómez.

Además de unir las voluntades dentro de Cuba y evitar que allí algunos impacientes se lancen a alocados alzamientos, es primordial mantener unidos a todos los núcleos en el exterior; hacer fuerte el Partido y capaz de ayuda poderosa para la guerra; enseguida habrá que decidir a jefes de prestigio que se ponga al frente de la acción guerrera. Ahora está bien preparada la organización civil para enfrentarse al posible peligro de que ambicionen dirigir la revolución caudillos militares.

Las viejas diferencias con Máximo Gómez se han borrado mucho en el olvido, y Martí ha pensado siempre en él; pero, como Delegado, pone el asunto de la dirección militar a la decisión de las emigraciones, y las emigraciones eligen a Máximo Gómez como jefe superior con el que el Delegado ha de tratar la organización de las fuerzas para la guerra. Martí se dispone a visitar enseguida al general, y sale de Nueva York para Santo Domingo.

El 11 de septiembre, “con el caballo del cabestro, como quien no tiene derecho a andar montado en tierra mayor”,<sup>90</sup> llega a La Reforma, la casa de Gómez; casa de trabajo en las afueras de Montecristi. Se abre la puerta, y el general le abre los brazos al viajero. “En el alma sentía sus ojos, escudriñadores y tiernos, el recién llegado; y el viejo volvió a abrazar en largo silencio al caminante.”<sup>91</sup>

Tres días duraron las conversaciones entre los dos hombres: los tanteos y las luchas del pasado; la esperanza actual en el triunfo; la preparación de la guerra... *El Viejo*, ve en Martí el alma noble y la actitud generosa. Sí; no hay dudas ni recelos; están de acuerdo. Hasta Santiago de los Caballeros acompaña Gómez a Martí. Allí entrega este al general una carta oficial en la que lo invita al nuevo trabajo de “encargado supremo de la rama de la guerra (...) hoy que no tengo más remuneración que brindarle que el placer

del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres”.<sup>92</sup> Gómez responde breve y preciso: “Desde ahora puede usted contar con mis servicios.”

Salvando lomas y sabanas llega Martí a Santo Domingo, capital, donde lo recibe y lo acompaña el noble dominicano Henríquez y Carvajal. Por mar cruza a Barahona, y de allí, por tierra, a Port-au-Prince, capital de Haití. De Port-au-Prince embarca para Kingston, en Jamaica. Cerca de Kingston viven la madre y la mujer de Maceo, y el Delegado va a visitar a las dos mujeres, a sorprenderlas y halagarlas con su devoción y su ternura. Ahora que ya ha hablado con el general Gómez, habrá de escribir y ganarse a Maceo, que aún vive exiliado en Costa Rica. De Kingston embarca para Nueva York. Un viaje en total de cincuenta días, en que ha ido sembrando entusiasmo por el camino y ha organizado las colonias de cubanos.

Solo unos días en Nueva York para informar de todo el trabajo y dejarlo reflejado *en Patria*, y otra vez emprende viaje de propaganda por la Florida: reuniones y discursos en los clubes y en los talleres de tabaco en Cayo Hueso, en Tampa, en Ocala. Se resiente la salud quebrantada. Regresa a Nueva York. Vuelve a informar a los clubes en *Hardman Hall*, a incitarlos con el ejemplo de los de la Florida, donde más de diez mil tabaqueros se comprometen a aportar al mes el jornal de un día para acrecentar los fondos de ayuda a la revolución. Ahora es necesario acumular recursos y preparar elementos y equipos de guerra para cuando llegue la hora. Por su parte ya ha escrito a Maceo, hablándole del gran quehacer que le espera y de la visita a las dos mujeres en Kingston.

Más aún que el año que ha pasado, este que empieza de 1893 va a ser de un acelerado ritmo de trabajo y de un tremendo ajetreo sin reposo, que no cesarán ya en ininterrumpida y brava lucha hasta el fin. La organización de los clubes en un mismo propósito; la decidida y constante contribución de los emigrados para adquirir pronto los equipos de guerra; la constante vigilancia y la actitud alerta y combativa contra calumnias y perfidias... A todo ello tiene que atender; a todo ha de llegar, sin que le queden gestiones por hacer ni detalles que cuidar.

En febrero sale de Nueva York a la Florida: a Fernandina, a Tampa, a Cayo Hueso, a Ocala... Allí cerca hay un pueblecito al que le han dado el nombre de Martí City. Al regreso se detiene a conferenciar con don Tomás Estrada

Palma, que dirige un colegio en Central Valley; informa de sus trabajos al Cuerpo del Consejo de los clubes de Nueva York; sale inmediatamente hacia Central Valley, a Filadelfia a inaugurar un club, a Atlanta, a Nueva Orleans, a Tampa otra vez y a Cayo Hueso... Toda esa labor, en tres meses.

A su regreso a Nueva York informa en un mitin en *Hardman Hall*. Al mitin asiste el gran poeta nicaragüense Rubén Darío y habla luego con Martí. Rubén Darío escribió después, un día, sus recuerdos de aquella entrevista, y dijo su profunda admiración por el Maestro.

Al día siguiente sale de viaje. No se puede perder tiempo. El ambiente político de Cuba es de confusión y de pugnas que favorecen inútiles brotes de rebeldía en perjuicio del gran plan. No se puede esperar; hay que apurar la preparación militar para la guerra decisiva.

A primeros de junio llega otra vez a Montecristi, a la casa de Gómez. Acuerda con el general los planes y detalles de la preparación guerrera y la ayuda que ha de pedir a Maceo. Pasa por Haití y embarca para Costa Rica. Durante el viaje va enviando cartas a Nueva York, a sus compañeros de trabajo, para que no decaigan y sigan vigilantes. No va bien de salud, pero ni eso ni la falta de sueño y de cuidados le quitan la alegría de seguir abriendo el camino de la gloria de Cuba.

Tras largos días de travesía llega a Costa Rica. Maceo vive allí, en la colonia agrícola que ha fundado con un grupo de cubanos. En San José, la capital, se reúnen Martí y Maceo.

Dado el carácter pundonoroso y susceptible de Maceo, la misión de Martí no era fácil; pero llevaba para el noble mulato una carta de su viejo amigo Gómez en la que lo invitaba a tomar parte en el nuevo movimiento, y la carta y la abundancia cordial de Martí fueron decisivas. Ya puede escribir a Gómez el resultado favorable de su gestión. Inmediatamente ofrece Maceo ponerse en relación con sus amigos de pelea en Oriente, y organizar una expedición desde Costa Rica con unos cuantos veteranos escogidos y pertrechados: su hermano José, Flor Crombet, Agustín Cebreco y un puñado más. El Partido deberá proporcionar un barco y el dinero necesario.



Antes de partir de Costa Rica, a petición de los estudiantes, da una conferencia en la Escuela de Derecho. Entra en el salón, pálido y ligeramente encorvado. Está enfermo. Dos horas duró su conferencia sobre *El porvenir de América*. Una de sus tesis es que la causa de Cuba es causa también de todos los pueblos latinoamericanos. En un artículo de *Patria*, a su llegada a Nueva York, concreta así esa idea: “Las dos tierras de Cuba y Puerto Rico que son, precisamente, indispensables para la seguridad, independencia y carácter definitivo de la familia hispanoamericana en el continente, donde los vecinos de habla inglesa codician la clave de las Antillas para cerrar en ellas todo el Norte por el istmo, y apretar luego con todo ese peso por el Sur”.<sup>93</sup> Una vez más esbozaba en claro esquema el peligro del imperialismo de la nación del Norte, activo ya en América.

A Nueva York vuelve, a asegurar desde allí los hilos de la organización, cada día más amplia. Hay que extremar el cuidado. España proyecta algunas reformas de favor para el gobierno de Cuba; los ultrarreaccionarios protestan; los autonomistas se preparan contentos a aceptarlas; ¿se desmoralizarán los separatistas?

Martí sabe bien que las promesas de España no son más que promesas; pero ve que es ya el momento de acelerarlo todo e ir pronto a una acción rápida. Así se lo ha comunicado a Gómez, y a ello va con una energía y una diligencia increíbles. Se le ve ir y venir afanoso: en la Florida, a preparar la acción de los clubs; en Nueva York, al cuidado del periódico *Patria* y en el envío de cartas aquí y allá para mantener encendidos a los colaboradores; en entrevistas con luchadores llegados de Cuba; en la tribuna de *Hardman Hall*, el 10 de Octubre; en honor de Bolívar en la Sociedad Literaria Hispanoamericana...; y no son pocos los encuentros a que ha de acudir discretamente para tratar con agentes vendedores de equipos de guerra.

Días y semanas de contrariedades y situaciones inquietantes. A pesar de que Martí está en relación con todos los jefes de pelea que en las distintas regiones de Cuba se preparan; a pesar de que ellos están alerta para lanzarse tan solo cuando se dé la orden, España ha provocado algunos alzamientos de hombres que se dejaron engañar, para luego fusilar a los alzados y perseguirlos por los caminos y sembrar el miedo. Las emigraciones se sienten confusas ante esos hechos y hierven de impaciencia por ir a la

lucha. Martí tiene que informar, explicar en cartas y en el periódico, aclarar, mantener la fe y seguir preparando los pasos de las expediciones para la guerra definitiva, y tiene que viajar e ir de aquí para allá... En alguna de sus cartas dice: “Si he dormido, no sé, y estoy rendido.”<sup>94</sup> “Uno aquí expirando, sin sueño, y sin comer, y atendiendo como una abeja a todo.”<sup>95</sup>

España teme una revolución, y se prepara contra ella, y actúa. Envía espías y provocadores a la Florida. Una crisis económica en el Norte ha obligado a cerrar fábricas de tabaco en el Cayo, y los agentes españoles aprovechan la situación para desmoralizar a la colonia cubana. Martí deshace la maniobra y logra fortalecer en los emigrados la fe revolucionaria. “Uno o dos peldaños más, y ya estamos en la cima.”<sup>96</sup>

En ese tremendo bregar, un solo día de descanso y fiesta íntima: el día en que llega a Nueva York Fermín Valdés Domínguez; el mismo en que Martí cumple 41 años; el 28 de enero de 1894.

---

<sup>90</sup> “El general Gómez”, en OC, t. 4, p. 447.

<sup>91</sup> *Ibidem.*, pp. 447-448.

<sup>92</sup> “Al general Máximo Gómez”, en OC, t. 2, p. 160.

<sup>93</sup> “Otro cuerpo de consejo”, en OC, t. 2, p. 373.

<sup>94</sup> A José Dolores Poyo, en OC, t. 2, p. 407.

<sup>95</sup> A Fernando Figueredo, en OC, t. 2, p. 354.

<sup>96</sup> A Fernando Figueredo, en OC, t. 2, p. 384.

## **El plan de Fernandina**

*Enero de 1894 a enero de 1895*

Las reformas que España prometía en favor de Cuba han quedado en promesas. En la Isla cunde el descontento y la agitación. El Gobierno responde con la violencia. El ambiente se carga de severas señales de rebeldía.

Martí sigue preparando afanosamente las expediciones guerreras que han de quedar pronto listas y dispuestas. Todo está previsto y concertado: la colecta de fondos, la adquisición de pertrechos de guerra, el alistamiento de combatientes, la conformidad con los jefes que actúan en las provincias y con Juan Gualberto en La Habana. A los hombres de confianza de las emigraciones, como a los que pueden aportar alguna ayuda, les escribe cartas con encomiendas precisas y con peticiones persuasivas; cartas que son como dulces garras que sujetan el corazón y conquistan la voluntad. Y escribe largas cartas a Gómez y a Maceo, informándoles de todo y proponiéndoles actuar con rapidez para caer sobre la Isla. La actividad de Martí no tiene fin, ni su atención a todo y a todos.

Pero el general Gómez quiere, antes de decidir, ver a Martí, informarse personalmente y tratar en detalle todo lo preciso. En abril se presenta en Nueva York, acompañado de su hijo Panchito.

La recepción que los representantes de los clubs de Nueva York hacen al general Gómez es cordialísima y entusiasta. Ver juntos a Martí y a Gómez afirma la confianza revolucionaria. Para ultimar planes de acción se retiran los dos al colegio de Estrada Palma en el campo de Central Valley.

Gómez se siente conmovido ante la enorme tarea de organización que Martí ha llevado a cabo. Ya no hay más que decidirse y acometer el plan: cuando llegue el momento, un barco debe recogerlo a él en Santo Domingo con los suyos; otra expedición dirigida por Serafín Sánchez y Carlos Roloff saldrá de la Florida para Santa Clara, y en Costa Rica embarcarán con los suyos Maceo y Flor Crombet, que caerán sobre Oriente. Para convenir los detalles de esta última expedición, debe Martí entrevistarse con Maceo.

Gómez deja en Nueva York a su hijo Panchito para que acompañe a Martí. Entre Martí y el bravo y noble mozo se anuda pronto un cariño como de padre e hijo. Los dos juntos salen de propaganda por la Florida y los dos emprenden luego el viaje a Costa Rica. El plan con Maceo queda acordado: con un barco y armamento que proporcionará el Partido, saldrá de allí una expedición en la que acompañarán a Maceo, como jefes, su hermano José, Flor Crombet y Cebreco.

De regreso a Nueva York en julio, se despide Panchito que ha de volver con sus padres, y Martí sale rápido hacia México para ver de obtener fondos que son necesarios.

¡Ah! qué recuerdos de juventud reviven en la tierra querida. La visita a la casa de su fraternal amigo Manuel Mercado y su relación con la familia los días que en aquella casa vivió, han sido recordadas después por los hijos de Mercado. Ellos han dicho su profunda impresión ante aquel hombre extraordinario, nervioso, sobrecogedor de atenciones y afectos y de una inteligencia y una sabiduría emocionantes.

En los días de su estancia en México celebró entrevistas con amigos y personas conocidas, influyentes algunas en la vida del país, y quizás visitó al presidente Porfirio Díaz. Si ganó simpatía y ayuda moral para la causa de Cuba, no parece que obtuvo ayuda económica importante.

Cuando vuelve a Nueva York encuentra una situación confusa y alarmante. En Cuba los conspiradores resisten difícilmente las persecuciones de las autoridades, y esperan impacientes la orden de levantamiento; aquí y allá hay inquietud por la demora, y no faltan murmuraciones y muestras de desconfianza. ¡Y la orden de Gómez no llega, no llega!

Martí espera, haciendo; preparándolo todo con una celeridad y un ansia angustiadas. Tres vapores, el *Lagonda*, el *Amadís* y el *Baracoa* van a estar listos, cargados de armas, en el puertecito de Fernandina, próximo a Jacksonville. Todo ha sido convenientemente disimulado, tanto las armas como el destino de las embarcaciones, para esquivar recelos y registros. Todo está preparado y a la espera. Por fin llega el general José María [*Mayía*] Rodríguez, que trae la orden de Gómez. La partida se fija para días del mes de enero. Con el año 1895 nace ya en pie de guerra la revolución.

El plan está fijado: el *Amadís* saldrá a embarcar en Costa Rica la expedición de Maceo; en el *Baracoa* irán Martí, *Mayía* Rodríguez y Collazo a recoger al general Gómez en Santo Domingo; el *Lagonda* irá a Cayo Hueso donde aguarda la expedición que han de conducir Serafin Sánchez y Carlos Roloff. Las tres expediciones desembarcarán por distintos lugares de la Isla; los revolucionarios que esperan allí se levantarán en armas con las expediciones, y con la sorpresa y el desconcierto de España la guerra se hará más corta.

Martí arde en ilusión. El sueño de su vida empieza a realizarse. No siente la fatiga. Escribe, dispone, atiende a todo, prepara todo para dar el salto. ¡Ah! qué alegría, después de tanta angustia.

En estas ilusiones y en estos trabajos le llega la abrumadora noticia: las autoridades norteamericanas han registrado y detenido los tres barcos. Alguien, por cobardía o por maldad, ha tomado el bajo oficio de delator y ha hecho fracasar el plan.

En el cuarto de un hotel de Jacksonville, Martí ha venido a reunirse con Quesada, con Collazo, con *Mayía* Rodríguez, con el abogado Rubens. Trata de explicarles; se dirige a uno y a otro con gesto desesperado y ojos de fiebres; está como enloquecido ante el fracaso; va de un lado a otro, gesticula, repite angustiada: “¡La culpa no es mía! ¡La culpa no es mía!” Y ni los abrazos ni las palabras de consuelo de sus amigos lo consuelan.

¡Tanto trabajo perdido! ¡Tanto esfuerzo! ¡Tanta ilusión!... Algo podrá salvarse. Quizás se podrán recuperar las armas... Sí, en el fracaso de Fernandina mucho se ha venido abajo; pero lo que no se ha hundido es la fe revolucionaria y toda la estructura de la obra levantada. ¡Construcción admirable! En menos de tres años, con el apoyo del Partido Revolucionario Cubano, Martí ha unido y organizado los afanes rebeldes de dentro y fuera de Cuba, y ha creado el formidable instrumento de la revolución. La guerra no puede ya detenerse.

## **Nueva York-Montecristi-Playitas**

*Enero a abril de 1895*

Esquivando el asedio de policías y periodistas, logran salir de Jacksonville los complicados en el plan de Fernandina. Martí se oculta en Nueva York, en la casa de Quesada. El final desdichado del plan y las consecuencias del fracaso lo atormentan sin cesar en su refugio. ¿Qué hacen, qué piensan los leales? ¿Qué actitud tienen los clubs después de todo esto?

El plan de Fernandina había sido preparado con extrema cautela y en el mayor secreto. Solo unos pocos colaboradores íntimos de Martí lo conocían. La noticia que los periódicos dieron de la confiscación de los barcos fue sorpresa y asombro para unos y otros. Las emigraciones se enteraban de pronto, con admiración y entusiasmo, de aquella empresa que Martí había montado calladamente, con la pobre contribución de los trabajadores. ¿No decían malas lenguas que se aprovechaban de aquellos fondos en beneficio propio? ¿Quién ahora desconfiaba de su honradez y su patriotismo? En Cuba, las autoridades y las gentes egoístas empezaron a alarmarse seriamente ante el brioso empuje del revolucionario. ¿Martí un teórico, un mero orador, un poeta alucinado, un loco? Aquellas expediciones que había preparado eran peligrosas señales de energía y valor.

En los emigrados y en los revolucionarios del interior de la Isla, la confianza y la decisión habían crecido con aquella prueba de fuerza y resolución de pelea que se había revelado en Fernandina.

Martí reacciona enseguida. No hay fracaso que enfrene el vuelo de aquel ánimo, ni dificultad a la que no haga frente aquella energía revolucionaria disparada. No hay tiempo que perder. Frustrado un plan hay que poner otro en marcha rápidamente. Los comprometidos en Cuba tienen una situación difícil y esperan impacientes la orden de alzarse; así lo informa desde La Habana Juan Gualberto Gómez en comunicaciones escritas en clave.

No hay tiempo que perder. Es preciso asegurar que el levantamiento de la Isla se prepare y se haga bien, y que pueda recibir ayuda muy activa y

constante del exterior. Tiene acumulados el Partido pertrechos de guerra, pero hace falta dinero. Martí proyecta desembarcar con Gómez en Cuba, de un modo u otro, para proporcionar dirección militar al alzamiento, y decide enviar a Maceo los fondos que quedan para que salga con su expedición desde Costa Rica. Quesada quedará encargado en Tampa y en el Cayo de reunir recursos y preparar hombres.

Son días para Martí de ansiedad y de trabajo precipitado por preverlo y prepararlo todo. Escribe a unos y a otros: a Juan Gualberto, en Cuba; a Maceo, en Costa Rica; a los colaboradores de su mayor confianza; a personas que pueden dar el sacrificio grande... Y pide con la tremenda fuerza de persuasión que tiene quien lo sacrifica todo y se dispone a morir si es preciso por levantar “la patria a manos puras”.[97](#)

Hay que decidir. El día 29 de enero firman las resoluciones que autorizan el alzamiento José María Rodríguez en nombre del general Gómez, José Martí y Enrique Collazo. La orden va dirigida al ciudadano Juan Gualberto Gómez, y en él a todos los grupos de Occidente. En la orden “Se autoriza el alzamiento simultáneo, o con la mayor simultaneidad posible, de las regiones comprometidas, para la fecha en que la conjunción con la acción del exterior será ya fácil y favorable, que es durante la segunda quincena, no antes, del mes de febrero”.[98](#)

Al día siguiente sale Martí hacia Santo Domingo a conferenciar con el general Gómez. Lo acompañan Mayía, Collazo y Manuel Mantilla. Hay en las despedidas de este viaje un dolor hondo y callado, como el de las separaciones definitivas.

El día 7 de febrero llegan los viajeros a la casa de Máximo Gómez en Montecristi. El *Chino Viejo* abraza a Martí, le oye explicar lo de Fernandina, le escucha su plan de llegar a Cuba enseguida. Pero hay que salvar dificultades; las costas están vigiladas, y por el interior de la Isla se mueven agentes españoles de espionaje.

El grupo sale a caballo a Santiago de los Caballeros y a La Vega, para arreglar una posible salida por Samaná. Se intenta y no se puede. Hay que regresar a Montecristi. Diez días han tardado en este ir y venir. En Montecristi recibe Martí un cable de Nueva York en el que se puede

entender: “revolución en Occidente y Oriente”. Juan Gualberto Gómez ha autorizado el alzamiento el día 24, y la Isla arde en revolución. ¡Ah, júbilo grande!

Pero alguna sombra viene a frenar el entusiasmo. Maceo necesita más dinero para su expedición, y la caja del Partido no lo tiene. Hay que apurar todos los medios para obtener recursos. Como otras veces, sale Martí a recorrer y visitar por los caminos: Dajabón, en Santo Domingo; Ouanaminthe, ya en tierra de Haití, y Fort Liberté y Cabo Haitiano... Por donde pasa siente el regalo del afecto de almas sencillas y buenas, y en el Cabo, la amistad franca y la ayuda generosa de algunas armas ¡tan necesarias! *Mayía*, como emisario, ha conseguido unos miles de pesos del presidente de Santo Domingo.

En este peregrinaje por caminos y pueblos de Santo Domingo y Haití, ha ido escribiendo un diario de apuntes. Lo escribe para que lo puedan leer aquellas dos niñas, Carmita y María que, en el hogar de Nueva York, le endulzaron con su candoroso cariño los días de soledad.

No son cortas notas lo que va escribiendo en su viaje por estas tierras; a veces son páginas largas. Y son conmovedoras las páginas de este diario. Martí va escribiendo en él todo lo que ve; lo que sale al camino, lo que tiene delante de sus ojos: paisaje, árboles, cielo, mar, río, hombres, niños, objetos, animales, colores, movimientos, ruidos... Todo lo apunta, sin dejar nada, describiendo como en pintura minuciosa todo ese mundo que ve y ama; nombrándolo todo él en todas sus partes y detalles, con esa penetración profunda, de emocionada ternura, con que se miran las cosas cuando se presiente que no se van a volver a ver más. Y la lengua en que escribe es así sencilla, común, sincera y precisa, y los esquemas que sugiere son prodigiosamente puros. En dos líneas no más, pinta un drama pasional; con seis palabras, todo un paisaje vivo, y en cada frase, la tierna comunión con la tierra y con los hombres.

En Montecristi, al regreso de Cabo Haitiano, se reciben noticias concretas: los periódicos que llegan del Norte dan por seguro el levantamiento, e inclusive dicen que Gómez y Martí han desembarcado en Cuba. No hay que pensar ni esperar más. Hay que prepararlo todo y hay que partir. Se apresura a escribir todas las cartas necesarias para asegurar la mejor dirección del



movimiento, y el día 25 de marzo, en la casa de Montecristi donde ahora vive Gómez, redacta como manifiesto a Cuba del Partido Revolucionario Cubano, el histórico documento que firmaron Martí y Máximo Gómez, conocido con el nombre de *Manifiesto de Montecristi*.

En el *Manifiesto* se expone la gestación y el sentido de independencia de la guerra; su carácter ajeno al odio y la venganza, pero inflexible con el vicio, el crimen y la inhumanidad, y el propósito, tras la victoria, de construir una democracia con todos los elementos de la sociedad de Cuba. Muchas cosas nobles se declaran en el *Manifiesto*, que es como doctrina condensada de la revolución.

Después de firmado el *Manifiesto de Montecristi* y enviado para que se imprima y se divulgue, ya no hay más que decidirse a partir. El valor y el ánimo están prontos. En una carta de Martí al noble dominicano Federico Henríquez y Carvajal hay estas frases: “Para mí la patria, no será nunca triunfo, sino agonía y deber. (...) Quien piensa en sí, no ama a la patria. (...) mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir, callado. Para mí, ya es hora.”<sup>99</sup>

Escribe a su madre, a sus amigos, a las niñas Carmen y María, y en las cartas hay como un velado tono de despedida. Dice a las niñas lo que tienen que hacer para vivir dignas y felices; a Gonzalo de Quesada, lo que debe hacer, si no vuelve, con todo lo que ha escrito —como en un testamento—, a su madre le escribe esta conmovedora carta:

Madre mía:

Hoy, 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en usted. Yo sin cesar pienso en Vd. Vd. se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por qué nací de Vd. con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.

Abrase a mis hermanas, y a sus compañeros. ¡Ojalá pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí! Y entonces sí que cuidaré yo de

Ud. con mimo y con orgullo. Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. La bendición.

Su

J. Martí<sup>100</sup>

El sacrificio, el largo sacrificio de su vida toda; su ofrenda de amor a la patria, que “es en mí el ardiente amor a la justicia y el bienestar del hombre”.<sup>101</sup> En su creciente y necesaria agonía, ya emprende los pasos que lo han de llevar al fin, a la consumación del sueño de su vida.

Salir de la Isla es difícil; las costas están muy vigiladas, y la tripulación de un velero se niega a llevar a los expedicionarios. Un capitán se compromete a dejarlos en Cuba si le compran su goleta y le dan además una fuerte suma.

Con mucho sigilo, en la madrugada del 1ro. de abril, embarcan Gómez, Martí, Francisco Borrero, César Salas, Ángel Guerra y el negro dominicano Marcos del Rosario. Collazo, *Mayía* y Manuel Mantilla habían regresado al Norte para organizar posibles expediciones desde la Florida.

Avanza la goleta en mar picado. Por la noche ya divisan la isla Inagua. De madrugada desembarcan; pero traiciona el capitán, y la tripulación se niega a seguir; solo les queda fiel el cocinero, el buen David de las islas Turcas. Acompañado de Salas, Martí se echa a la playa y obliga al capitán a entregar la goleta y parte del dinero que se le dio. Pero sin tripulación no pueden salir. La situación es comprometida. Pueden ser delatados. ¿Qué hacer?

Un vapor alemán, el *Nordstrand*, arriba a Cuba a descargar madera. Tratan con el capitán. Por mil pesos se compromete a llevarlos; pero el barco tiene que hacer escala en Cabo Haitiano. Desde allí los llevará directamente a Cuba y los dejará cerca de la costa, donde podrán desembarcar en el bote que han comprado.

Trasladadas las armas al *Nordstrand*, se hacen a la mar. El día 6 arriban a Cabo Haitiano. Bajo fuerte lluvia desembarcan en secreto. Allí tienen amigos que los albergan hasta que el capitán avise la salida.

El día 10 zarpa el *Nordstrand*. El 11 amanecen en Inagua. A mediodía dejan la isla, y a las cinco de la tarde divisan ya las montañas de Cuba y la farola del cabo Maisí.

En noche cerrada vira el vapor, avanza y se detiene a unas millas de la costa sur. Hay chubascos y mar brava. Bajan el bote. Las olas lo sacuden contra el barco. Echan la escala. El capitán vacila ante el peligro. Gómez ordena: “¡A tierra!” Bajan los cinco con armas y provisiones: unos a los remos; Gómez al timón. Se aparta el bote a bandazos. Se aleja. Un golpe de mar arranca el timón. Un remo atrás hace de timón, pero van al garete, y es negra noche, y el chubasco no cesa.

Más de una hora van avanzando así, casi sin rumbo. Martí va al remo de proa, con las manos doloridas, pero con una firme energía. Al fin, unas luces lejanas. Hacia ellas van. Los remeros cobran nuevos bríos. Avanzan; amaina de pronto la lluvia; se aquieta el mar; “la luna asoma, roja, bajo una nube”.<sup>102</sup> Dos horas llevan remando. Ya están cerca. Ya llegan. Vara el bote en playa de piedras. Saltan a tierra. Son las diez. Han llegado a Playitas. Gómez besa el suelo, de rodillas. Martí contempla embebecido el cielo de estrellas. “La dicha —escribió luego— era el único sentimiento que nos poseía y embargada.”<sup>103</sup>

---

<sup>97</sup> Carta a Paulina y Ruperto Pedroso, en OC, t. 4, p. 50.

<sup>98</sup> “Al ciudadano Juan Gualberto Gómez, y en él a todos los grupos de Occidente. [Orden de Alzamiento]”, en E., t. 5, p. 37.

<sup>99</sup> Carta a Federico Henríquez y Carvajal, en E., t. 5, p. 118.

<sup>100</sup> Carta a Leonor Pérez, en E., t. 15, p. 116.

<sup>101</sup> A George Jackson y Salvador Herrera, en OC, t. 3, p. 180.

<sup>102</sup> “Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos”, en OC, t. 19, p. 215.

<sup>103</sup> Carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, en OC, t. 4, p. 126.

## De Playitas a Dos Ríos

*12 de abril al 19 de mayo de 1895*

No interrumpe Martí su diario, y las notas que va escribiendo en estos días de campaña en suelo patrio, son apuntes rápidos del paisaje, de los hombres, de peripecias de la vida en la guerra, como vivos destellos íntimos del ánimo del luchador heroico. Nunca un diario de guerra fue más humano y más puro.

Cargados van los seis expedicionarios desde Playitas, repecho arriba, por piedras, espinos y cenagal... Un bohío. De madrugada, llaman. Gente buena, gente amiga. Un muchacho les sirve de guía hasta una cueva donde pueden dormir y descansar todo el día. Al día siguiente parten con el guía a reunirse con la guerrilla de Félix Ruenes del lado de Baracoa.

Hay que cruzar y recuzar el río a la cintura, y subir lomas. Martí, como los demás, cargado: rifle, machete y revólver, un tubo grande con mapas de Cuba y, a la espalda, la mochila con sus dos arrobas de medicinas y ropa y hamaca y frazada y libros. De emoción y dicha le nace la energía que parece imposible.

Comen, en un alto, jutía bañada con naranja agria, en parrilla improvisada. De pronto, la guerrilla de Félix Ruenes. Abrazos a los valientes. Todos son a ayudar a Martí, loma abajo, hasta el rancho de Tavera donde acampa la guerrilla. Ruenes los presenta a la tropa de 50 en fila. Les habla Gómez, les habla Martí. Cae la noche. El general cuelga la hamaca de Martí bajo el rancho de yaguas. ¡Ah, “qué luz, qué aire, qué lleno el pecho, qué ligero el cuerpo angustiado!”[104](#)

Al alba, en mesa improvisada con tabla de palma y horquetas de ramas, escribe a Gonzalo de Quesada y a Benjamín Guerra, desde “Cuba Libre”. En la larga carta emocionada, entre consejos de lo que deben hacer para aportar toda la ayuda posible, les dice: “Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado y arrastrando la cadena de mi patria, toda mi vida.”[105](#) Luego les informa que Gómez ha acordado, en consejo de

jefes, a la vez que reconocerlo como delegado del Partido Revolucionario Cubano, nombrarlo Mayor General del Ejército Libertador.

Y otra jornada loma arriba y río al muslo. Bello y ligero bosque de pomarrosas, naranjas y caimitos... y el campamento al fondo de dos montes bellísimos. Allí, guarapo, miel, ron de pomarrosa... Y carne de res, plátano y té de guarapo y hojas, y dulce de raspa de coco con miel. De noche, escribir cartas a la luz de una vela.

Y con el sol, más lomas, y vadear el río, y caminar... Y de noche, las hamacas de tronco a tronco: “La noche bella no deja dormir. Silba el grillo; el lagartijo quiquiea, y su coro le responde; (...) entre los ruidos estridentes, oigo la música de la selva, compuesta y suave, como de finísimos violines; la música ondea, se enlaza y desata, abre el ala y se posa, titila y se eleva, siempre sutil y mínima...”[106](#)

Marcha de madrugada con velas, por montes pedregosos, en cerco de montes altos, picudos; el mar al Sur. Un alto bajo unas palmas. De una casa mandan café, y luego gallina con arroz. Vienen a avisar que las fuerzas españolas han salido a perseguirlos. También se sabe que la expedición de Maceo, Flor Crombet y Cebreco desembarcó en Duaba y que libraron bravo combate. Pero ¿será verdad que ha muerto Flor?

Al otro día, a la espera el grupo de treinta hombres. Baño en el río. Martí viste pantalón y chamarreta azul, sombrero negro y alpargatas. Lavan la ropa. Llegan más noticias de fuerzas enemigas que vienen y de traidores que sirven de guía. Alguien dice que vio muerto a Flor, con su bella cabeza fría. ¡Oh! “¡Ya no hay Flor!”

“Por el cañadón, por el monte de Acosta, (...) halamos de sol a sol, el camino fatigoso. Se siente el peligro. (...) nos van siguiendo de cerca las huellas.”[107](#) Y al otro día, jornada de guerra. A monte puro han ido acercándose, ya en las garras de Guantánamo, a Arroyo Hondo. A las once, redondo tiroteo. Tiro graneado. El combate, cerca. El tiroteo se espesa. Luego las noticias llegan del triunfo de los cubanos, José Maceo vino con sus fuerzas a salvarlos. En el camino se juntan con abrazos y vivas. Y al sol de la tarde emprenden la marcha de victoria, de vuelta al campamento. Martí va en el caballo que le ha regalado José Maceo. Llegan a noche

avanzada. Martí saca del jolongo medicinas. Hasta las tres de la mañana estuvo curando heridos. “¡Qué cariñosas las estrellas... a las tres de la madrugada!”[108](#)

A las cinco, abiertos los ojos y, a caballo. Larga marcha bajo el sol. De noche escribe Martí cartas a Nueva York y a Maceo que anda cerca. Al otro día, el campamento en la estancia de Filipinas. Cuatro días se detienen en el campamento. José Maceo pasea formidable el alto cuerpo. Martí y Gómez escriben. Martí redacta instrucciones para los jefes; una circular con la orden de castigar con rigor a quien intente perturbar la guerra con promesas de arreglos que no sean la independencia absoluta de Cuba; cartas para convocar delegados del Partido que acuerden en asamblea la forma de gobierno que debe darse la revolución; cartas para facilitar el servicio de correos y de parque; cartas a los colaboradores del Norte... Una mañana arenga Gómez a la tropa; luego les habla Martí, montado en su caballo casi blanco. “¡Viva el Presidente!”, gritan los mambises. Y otra vez al trabajo de organizar la guerra y a escribir a los seres queridos, allá en Nueva York, cuando todos duermen, sentado en su hamaca, a la luz de una vela de cera, sujeta junto a las rodillas por una púa clavada en tierra. En alguna de estas cartas, escribe: “Ya entró en mí la luz, (...) y la salud, que fuera de este honor buscaba en vano.”[109](#) “Me siento puro y leve, y siento en mí algo como la paz de un niño.”[110](#)

Del campamento, en marcha por región florida de cafetales. Salen a verlos de las casas de mampostería y teja. En el monte

El sol brilla sobre la lluvia fresca: las naranjas cuelgan de sus árboles ligeros: yerba alta cubre el suelo húmedo: delgados troncos blancos cortan, salteados, de la raíz al cielo azul, la selva verde, se trenza a los arbustos delicados el bejuco, a espiral de aros iguales, como de mano de hombre, caen a tierra de lo alto, meciéndose al aire, los cupeyes...[111](#)

Tierras luego de caña e ingenios, y allí viene un periodista del *New York Herald*. Y Martí atiende al periodista, y escribe para el periódico norteamericano un largo y precioso artículo en el que explica la justicia y los fines de la revolución cubana. En ese artículo van firmes y sabias razones, y palabras que dicen mucho, como estas: “cubanos arrogantes o débiles (...) favoreciendo a su clase oligárquica e inútil contra su población

matriz y productora. (...) Los Estados Unidos (...) cómplices de una oligarquía pretenciosa y nula que solo buscarse en ellos el modo de afincar el poder local de la clase, en verdad ínfima de la Isla, sobre la clase superior, la de sus conciudadanos productores (...) // (...) Los cubanos, en presencia de la guerra, se inclinan conforme a la ley general de la naturaleza humana, que conduce a los hombres generosos, cultos o incultos, del lado del sacrificio, que es el más puro goce de la humanidad, y retiene a los egoístas, que son las rémoras del mundo, del lado de los sacrificadores.”[112](#)

Maceo no anda lejos con sus fuerzas. No han podido verlo aún. Martí le escribió su deseo de verlo, y Maceo les ha anunciado su llegada y los ha citado en Bocucy, el día 5 a las 12. Van a la cita Gómez y Martí con la fuerza toda. De pronto, unos jinetes en el camino: “Maceo, con un caballo dorado, en traje de holanda gris: ya tiene plata la silla, airosa y con estrellas.”[113](#) Salió a buscarlos, porque tiene a su gente de marcha al ingenio La Mejorana. En el ingenio se prepara gran comida, como de fiesta. A la mesa, Maceo y Gómez discuten en voz baja. Llaman a poco a Martí en el portal. Hay algún punto en desacuerdo. Pasan a un cuarto, a hablar. No considera Maceo necesario formar tan pronto un gobierno, cuando todo ha de empeñarse en organizar la acción guerrera. El bravo general cree que toda ha de ponerse ahora en Oriente, y como su tropa está casi desarmada, es preciso que Martí se traslade a Nueva York para activar la provisión de pertrechos de guerra. Argumentan Gómez y Martí. Hay una amplia deliberación. Al fin se acuerda llevar la guerra a toda la Isla. Gómez con Martí continuarán la invasión hacia Occidente; Maceo mandará las fuerzas y las operaciones en Oriente, y vendrá a reunirse con ellos en el centro cuando sea posible. En cuanto a Martí, jefe supremo de la revolución, no se opone a trasladarse a Nueva York si es necesario, pero no lo hará antes de haber entrado en algún combate.

En la entrevista han surgido discrepancias, y la despedida es fría. De vuelta, en un rancho del camino, apunta Martí los detalles de la reunión, y termina: “Y así, como echados, y con ideas tristes, dormimos.”[114](#)

¡Con ideas tristes! En una carta que escribió al salir para la guerra dijo que sentía “como el trabajador, que sale alegre a su trabajo”.[115](#) Con gozo apuntó en otra: “Ya los jinetes me han declarado compañero.”[116](#) Y aún ha



de decir después: “Veo eso en mí, y no más: un peleador.”<sup>117</sup> ¡Oh, su ingenuo orgullo de resistir en la campaña como los demás, y como ellos ir adelante en la pelea! ¿Cómo no le aprecian ese servicio, que es su mayor gloria? ¿Cómo no ven que él va dispuesto al sacrificio para la redención de la patria y no tras vanidad de poder, pues inclusive su autoridad de delegado quiere rendirla ante la asamblea de representantes del pueblo? ¿Cómo no entienden que no se puede guiar a un pueblo contra el alma que lo mueve, o sin ella? ¡Oh, sí!: “Sé desaparecer. Pero no desaparecerá mi pensamiento”.<sup>118</sup> Con ideas tristes durmió aquella noche.

Por tierras de Jagua, por Hato del Medio, con sol y con lluvia, marcha la tropa hasta entrar en los ranchos de Quintín Banderas, a 20 kilómetros. Y allí, en tierra pobre, dos días para escribir y disponer.

Y el adiós a Banderas, en camino por hatos lodosos, a la sabana de Baraguá, y a lomas desde donde se ve el Cauto. Cruzan por el río amado a paisaje de césped, de bosque claro y sol dulce, hasta Altagracia, en casa amiga, y allí vienen los jefes de las tropas de Holguín a conferenciar y a recibir órdenes: hostigar al enemigo, sacarlo de las ciudades, y picarlo por el campo, seguirle los convoyes.

De Altagracia, 20 kilómetros hasta Travesía y la Jatía, casa buena abandonada, de español rico. De allí escribe Martí a los generales Maceo y Bartolomé Masó, que andan con sus tropas por la sabana. ¡Pero no vienen!

Otro día, camino Cauto arriba y a cruzar el Contramaestre hasta los ranchos abandonados de Pacheco en llano de Dos Ríos. Pero hay mejor sitio para campamento a ocho kilómetros, en la hermosa finca La Vuelta Grande, y en ella acampan, a la orilla del Contramaestre, cerca de la confluencia con el Cauto. ¡El último campamento en los últimos días!

Vienen hombres del trabajo del río y de los campos. Vuelve la guerrilla que salió. Traen noticias de que Masó va con sus fuerzas por la sabana. Traen lo que han cogido a un convoy atrapado. No hay fuerzas suficientes para salirle a otro convoy que viene de Bayamo con 500 hombres.

Martí está al trabajo, a escribir instrucciones generales a los jefes y oficiales, y a escribir cartas. El cielo es triste a veces, de lluvia; y de fango,



la tierra. En su diario, apunta: “Escribo, poco y mal, porque estoy pensando con zozobra y amargura.”[119](#)

El 16 es día oscuro, lluvioso. Va Gómez a visitar los alrededores. Al día siguiente, con 40 caballos sale a molestar el convoy de Bayamo. Martí queda en el campamento a escribir instrucciones a los jefes y a esperar a Masó. Con él quedan unos veinte hombres a los quehaceres y a las guardias. En aquella forzosa quietud que aviva recuerdos y angustias, el día 18 le escribe a Manuel Mercado, su gran amigo de México, que ha sido en ocasiones para él como un hermano y como un padre. Le va saliendo de la zozobra del corazón una carta —la última que escribió— en la que saltan líneas que son como destellos de lúcida confesión:

...ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso [...] Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas;—y mi honda es la de David.[120](#)

Hubo de interrumpir Martí esa carta, ya larga, precisamente cuando se disponía a hablar de él mismo, después de haber hablado de su deber, que era lo que lo había “alzar de la muerte apetecida”.[121](#) La interrumpió a la llegada del general Masó al campamento, ya entrada la noche, con sus 300 jinetes. Con los suyos sudorosos regresó el general Gómez al mediodía del día siguiente; el 19.

A la llegada de Gómez forman en el campamento todas las fuerzas. Las arenga Gómez; luego, Masó; después, Martí: suave y lento al principio, y luego ardiente e impetuoso. Los mambises aclaman enardecidos al ¡Presidente!

Poco después, cuando los tres jefes discuten futuros planes, vienen vanguardias cubanas a avisar que la columna española ha venido siguiendo a Gómez y está cerca. Ya se oyen tiros por los llanos de Dos Ríos.

—¡A caballo! —grita Gómez. Se forman y disponen las fuerzas. En el centro de la columna a galope van Gómez, Martí, Masó, Borrero y otros

jefes. Hay orden de vadear el Contramaestre y ganar el terreno llano donde dar la batalla. Al cruzar el río se entabla la pelea. Gómez ha ordenado que Martí se quede atrás, a resguardo; con él está el joven Ángel de la Guardia, uno de los ayudantes de Masó. Avanza la caballería a derecha e izquierda con Gómez y Borrero en la pequeña sabana de Boca de Dos Ríos; cargan sobre una avanzada española; pero el enemigo ha tenido tiempo de tomar posiciones y formar sus cuadros en el llano; los cubanos han fraccionado sus fuerzas al vadear el río y se ven obligados a retroceder.

Martí ha estado atrás, asistiendo al combate. Ve allí las fuerzas cubanas luchando. Unas aún atacan y otras se retiran. Tiene que unirse a ellas. Sale a galope, por entre la manigua, allá, hacia el Contramaestre, por el bohío de Pacheco. Va a galope, revólver en mano, entre ruido y humo de disparos. Ángel de la Guardia va tras él. Cerca del enemigo, oculto en un matorral, los detiene una descarga cerrada. Cae herido el caballo del joven, y bajo el caballo el jinete. Cae de su caballo Martí, ensangrentado. Tres balas apagaron aquella vida. Al pie del enemigo quedó, cara al cielo.

No pudieron rescatar el cuerpo del gran hermano los hermanos cubanos. El enemigo lo llevó como supremo trofeo.

Aquella noche, en el campamento mambí se remansó un silencio doloroso.

Con la tropa española va el cadáver del Apóstol bajo la lluvia y el oscuro cielo. Noches de altos en poblados, y jornadas de escabrosos caminos. Al cabo de siete días llega la columna con el cuerpo de Martí embalsamado a Santiago de Cuba, y allí lo sepultan, en el cementerio de Santa Ifigenia. En aquel cementerio, en la cripta de un mausoleo erigido muchos años después, están sus restos venerados.

El cuerpo hecho polvo está allí; pero Martí sigue y seguirá vivo para siempre, en la memoria y en el corazón de su pueblo. Espejo de humanidad es para todos. La Revolución lo lleva en su entraña. De sus sueños soñamos.

---

- [104](#) “Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos”, en OC, t. 19, p. 216.
- [105](#) Carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, en OC, t. 4, p. 125.
- [106](#) “Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos”, en OC, t. 19, p. 218.
- [107](#) *Ibidem.*, p. 223.
- [108](#) Carta a Carmen Mantilla, en OC, t. 20, p. 229.
- [109](#) Carta a Tomás Estrada Palma, en OC, t. 4, p. 130.
- [110](#) Carta a Carmen Miyares de Mantilla y sus hijos, en OC, t. 20, p. 228.
- [111](#) “Diario de Cabo Haitiano a dos Ríos”, en OC, t. 19, p. 227.
- [112](#) Carta al New York Herald, en OC, t. 4, pp. 151-160.
- [113](#) “Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos”, en OC, t. 19, p. 228.
- [114](#) *Ibidem.*, p. 229.
- [115](#) Carta a Bernarda Gómez Toro, en OC, t. 20, p. 482.
- [116](#) Carta a Gonzalo de Quesada, en OC, t. 20, p. 498.
- [117](#) Carta al general Antonio Maceo, en OC, t. 4, p. 165.
- [118](#) Carta a Manuel Mercado, en OC, t. 20, p. 163.
- [119](#) “Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos”, en OC, t. 19, p. 240.
- [120](#) Carta a Manuel Mercado, en E., t. 5, p. 250.
- [121](#) *Ibidem.*, p. 252.